

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

**«PAN VIVO QUE DAS LA VIDA
AL HOMBRE»**

Año LXXXI – Núm. 1111 Febrero 2024



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	29	Año de la oración <i>San Alfonso M^a de Ligorio</i>
5	« <i>Ad firmándum cor sincérum</i> » Himnos eucarísticos compuestos por santo Tomás de Aquino <i>Juan-Miguel Ferrer Grenesche</i>	32	Orientaciones bibliográficas <i>Oscar Arnanz Pulido HNSSC</i>
9	« Doctor eucarístico » <i>Lucas Pablo Prieto, HNSSC</i>	34	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
11	La Eucaristía, «sacramento de paz» <i>P. Langevin, o.p</i>	37	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa Presas</i>
15	La eucaristía: un diamante <i>Joël Guibert</i>	39	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
19	Santa Clara de Asís y su amor por la Eucaristía	42	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
21	700 años de la canonización de santo Tomás de Aquino <i>Enrique Martínez García</i>	44	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
25	Los poetas cantan la Eucaristía		
26	Contemplación ignaciana <i>Esteban López Larraechea, HNSSC</i>		

Razón del número

La Eucaristía; manifestación del amor de Dios a los hombres

Para conmemorar el jubileo dedicado a santo Tomás de Aquino Cristiandad ha querido dedicar este número a la Eucaristía contemplada de modo especial por el santo doctor, y al mismo tiempo, la celebración de los 350 años de las apariciones del Sagrado Corazón en Paray-le-Monial nos lleva a poner toda nuestra atención en el sacramento del amor por excelencia.

EL pasado 18 de julio se conmemoró el VII centenario de la canonización de **santo Tomás de Aquino**, el 7 de marzo de 2024 el 750 aniversario de su muerte y en el 2025 se celebrará el octavo centenario de nacimiento. Para conmemorar todos estos acontecimientos la Santa Sede ha concedido, a petición de la orden dominicana, **un jubileo dedicado al santo doctor, que se inició el 28 de enero de 2023 y se clausurará el 28 de enero de 2025.**

Cristiandad se une «con gran alegría del alma y gozo espiritual» a las palabras del Papa que ha escrito con este motivo: «Escribió muchas obras y enseñó innumerables cosas, y estaba bien cualificado en las disciplinas filosóficas y teológicas. Brillaba por su recta inteligencia y lucidez, y mientras investigaba reverentemente los misterios divinos, los contemplaba con fe ferviente». Justamente a esta fervorosa contemplación de los misterios divinos dedicamos el presente número, centrándonos en el mas gran misterio de nuestra fe

que es la Eucaristía. Lo hacemos con un doble propósito, en primer lugar porque la contribución litúrgica que ha hecho santo Tomás a la gran solemnidad del *Corpus Christi*, desde el establecimiento original de la fiesta, continua estando presente en la oración oficial de la Iglesia y

«Todo lo que es efecto de la Pasión de nuestro Señor, es también efecto de este sacramento, puesto que no es otra cosa que la aplicación en nosotros de la Pasión del Señor». (In Ioannem, c. 6, lect. 6, n. 963)

ha sido capaz de superar la sucesivas reformas litúrgicas. También se puede constatar en las actuales circunstancias, cuando ha desaparecido casi totalmente de la cultura litúrgica popular el canto gregoriano, continúa siendo el *Pange Lingua*, escrito por santo Tomás, el canto litúrgico eucarístico más conocido

por el pueblo cristiano y cuyas dos últimas estrofas forman el popularismo *Tantum ergo*, que se canta en la bendiciones eucarísticas.

La otra razón de haber dedicado el presente número al misterio eucarístico es el propósito que ya anunciamos en el número anterior de contribuir a la celebración de jubileo de preparación de 350 aniversario del las apariciones del Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque en el 2025. **Esta íntima relación de la devoción al Corazón de Jesús y la eucaristía la subrayaba Benedicto XVI en una catequesis sobre santo Tomás de Aquino:** «Hablando de los sacramentos, santo Tomás se detiene de modo particular en el misterio de la Eucaristía, por el cual tuvo una grandísima devoción, hasta tal punto que, según los antiguos biógrafos, solía acercar su cabeza al sagrario, como para sentir palpitar el Corazón divino y humano de Jesús. En una obra suya de comentario de la Escritura, santo Tomás nos ayuda a comprender la ex-

celencia del sacramento de la Eucaristía, cuando escribe: “Al ser la Eucaristía el sacramento de la Pasión de nuestro Señor, contiene en sí a Jesucristo, que sufrió por nosotros. Por tanto, todo lo que es efecto de la Pasión de nuestro Señor, es también efecto de este sacramento, puesto que no es otra cosa que la aplicación en nosotros de la Pasión del Señor”» (Audiencia General, 23 de junio de 2010). Como podemos leer en los relatos sobre las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús, santa Margarita: «estando delante del Santísimo Sacramento y movida con el deseo de corresponderle de algún modo y devolver amor por amor». Con estas palabras se nos quiere enseñar que para penetrar en el misterio del amor del Corazón de Jesús hay que contemplar a Jesús en la Eucaristía porque como dice santo Tomás: «La Eucaristía es la más grande de todas las maravillas obradas por Cristo, el admirable documento de su inmenso amor a los hombres». (Oficio de lecturas para la fiesta del Corpus Christi).

La Eucaristía, misterio de misericordia

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención». Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don. Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este misterio: misterio grande,

misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

Juan Pablo II, *Ecclesia de eucharistia*, 11.



«*Ad firmándum cor sincérum*»

Himnos eucarísticos compuestos por santo Tomás de Aquino

Juan-Miguel Ferrer Grenesche

El gran regalo de Dios, a través de este santo, puro y sabio, es la santa esperanza de la «visión», que se degusta aquí, mientras peregrinamos, al vivir la pureza del amor y la acogida y entrega de la fe.

Motivación

HE tomado como título para estas sencillas reflexiones en torno a los himnos eucarísticos compuestos, según una tradición comúnmente aceptada, por el Doctor Angélico, santo Tomás de Aquino, porque creo que dan la clave de la piedad, además de la teología del Aquinate al contemplar el misterio de la Santísima Eucaristía.

Dice san Mateo en su presentación del contenido del llamado «Sermón de la montaña»: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Y nuestro santo dominico alude al final de la primera parte de su himno *Pange lingua*, uno de los más conocidos y cantados, a esta expresión paralela *cor sincérum*, que suele ser traducida como «corazón puro». Quiero destacar esta conexión y «retroalimentación mutua» entre Fe y limpieza o pureza de corazón.

Estoy convencido de que el gran regalo de Dios, a través de este santo, puro y sabio, es la santa esperanza

de la «visión», que se degusta aquí, mientras peregrinamos, al vivir la pureza del amor y la acogida y entrega de la fe. Un «ver» que no es sólo «ojear», sino que es unión, fusión, entre los que «se ven». Como dijo aquel sencillo aldeano, «le miro y Él me mira», sí, se trata de entrar en ese mundo nuevo, en torno a las miradas intercambiadas con el divino Salvador. Hoy como ayer para descubrir y participar en la Eucaristía nos hacen falta esa fe y esa pureza y como intentaré resumir en estas líneas santo Tomás, con sus himnos eucarísticos, resulta una buena ayuda y un buen guía para aprender a celebrar, comulgar y adorar a Cristo en el augusto Sacramento del Altar.

Contexto histórico

Santo Tomás nace en Roccasecca el año 1225 y morirá en un viaje, encontrando cobijo y lugar para su último aliento en la abadía de Fossanova, en 1274. Fue sin duda el más afamado teólogo de su tiempo. No es



de extrañar que cuando el papa de aquel tiempo, Urbano IV (Jacques Pantal León, nacido en 1195, papa de 1261 a 1264), antiguo arcediano (archidiácono) de Lieja, se decide finalmente a establecer la fiesta del Corpus Christi (Bula *Transiturus de hoc mundo*, Orvieto, 11 de agosto de 1264, tras el milagro eucarístico de Bolsena), pida a nuestro sabio santo componga una misa y Oficio para la nueva fiesta, sustituyendo los textos litúrgicos que venían usándose en la diócesis de Lieja desde 1246 (confirmada en 1252) y que santa Juliana del Monte Cornelio (Mont-Cornillon, 1193-1258), impulsora de la

fiesta, encargó componer a un agustino de Lieja llamado Juan.

No sabemos exactamente cuándo termina y presenta santo Tomás su trabajo, pero Urbano IV muere a los dos meses de firmar la bula *Transiturus* y esta no se da a público conocimiento. Hubo que esperar a 1312 para que Clemente V la introdujese en sus *Constituciones clementinas* y así en el llamado *Corpus Iuris*, que Juan XXII publica y difunde en 1317, dando al fin fuerza de ley para toda la Iglesia a la bula del papa Urbano y uso litúrgico general a los textos, en su día compuestos por el Doctor Angélico. He hecho este recorrido histórico

para destacar que, de hecho, santo Tomás, muriendo en 1274, no llega a ver culminar el proceso que llevaría a sus composiciones litúrgicas para la fiesta del Corpus a convertirse en una de las partes de su producción intelectual y espiritual más universalmente conocidas y gustadas por el pueblo cristiano hasta nuestros días. Pero me atrevo a decir que estos textos, en parte ocultos, ejercieron un influjo indudable en la propia alma de Tomás de Aquino, desde que los compone en torno a 1264. Son, el canto inspirado por el Espíritu Santo, que resonando en su alma culminará con la «experiencia mística», que vive unos meses antes de su muerte, y con ese mismo momento final de su peregrinación terrena en 1274.

Santo Tomás, recibido el encargo del papa Urbano IV, compone la Misa con sus tres oraciones menores y su secuencia y el Oficio con sus antífonas e himnos. Los estudiosos que nos han precedido destacan su directa intervención en las tres oraciones de la Misa y en su secuencia titulada *Lauda Sion*, así como en los tres himnos del Oficio: *Pange lingua*, para Vísperas (primeras y segundas), *Sacris solemnibus* para el oficio nocturno (los llamados Maitines, hoy Oficio de Lectura) y el *Verbum supernum*, para Laudes. Dentro de sus composiciones para el Oficio merecen también mención las antífonas para el *Benedictus* (en Laudes) y para el *Magnificat* (una de primeras y otra de segundas Vísperas). La antífona de segundas Vísperas es la famosa, «*O, sacrum convivium...*» (Oh sagrado banquete...)¹. Nosotros, en el presente estudio,

1 Todos los datos histórico-litúrgicos de este apartado 1.2. han sido tomados de MARIO RIGHETTI, *Historia de la Liturgia*, vol 1, BAC 132, (Madrid 1955), La Fiesta del Corpus Christi, c.7 / 2, 869-875.

nos centraremos en los tres himnos del Oficio divino, aún hoy presentes en la Liturgia de las Horas, y haremos un acercamiento también a la secuencia presente también actualmente en los leccionarios para la misa.

Los himnos compuestos por santo Tomás de Aquino para el Oficio del Corpus Christi

2.1. El himno de Vísperas, *Pange Lingua* (Canta, oh lengua...).

Venancio Fortunato a finales del siglo VI compone dos himnos para recibir una preciosa reliquia de la Cruz que llegaba a la antigua sede de Poitiers (hoy Francia), que aun hoy canta la Iglesia romana en la Liturgia de las Horas del 14 de septiembre, fiesta de la «Exaltación de la Cruz»: el *Vexilla Regis* y el *Pange lingua...proelium* (Canta, lengua, la victoria...). Santo Tomás, iniciando su himno para las Vísperas del Corpus con estas dos mismas palabras quiere ciertamente establecer un

2 Utilizaremos para referirnos a los tres himnos compuestos por santo Tomás la edición bilingüe (latín-castellano) de los himnos de la Liturgia de las Horas del profesor Arocena. Sus introducciones y su traducción son muy acertadas: Félix María Arocena, *Los Himnos de la Liturgia de las Horas*, (Ed. Palabra), Madrid 1992. Los Himnos LH. Existe otra versión castellana muy loable publicada, de modo anónimo, (*Himnos latinos en castellano*, Imprenta Fareso) en Madrid el año 1987, con una presentación de don Andrés Pardo (entonces director del Secretariado Nacional de Liturgia) pero es menos fiel al pensamiento teológico-espiritual de santo Tomás, prioriza una versión que desde la fonética y las cadencias de acentos permita mejor cantar el texto español con las mismas melodías con que se cantan los originales latinos.

nexo entre la Cruz gloriosa y la Eucaristía.

Dirá el profesor Arocena que el nexo con el himno de Venancio Fortunato se prolonga en toda esta perfecta composición de santo Tomás empleando la misma estructura métrica (Demetrio trocaico y dímeter trocaico cataléctico, con rima bisilábica alternada: Los himnos LH n° 134, p. 189-190).

En este himno el Doctor Angélico hace primero una completa aunque sintética *anamnesis* del misterio de Cristo. La Eucaristía contiene y hace presente a Cristo entero y toda su obra salvífica. El Sacramento la presenta actual y viva ante nosotros para, superada la confusión o límites del conocimiento empírico, lo acojamos en la fe y lo adoremos. Realmente por la fe, el culto nuevo y la adoración, recibimos la salvación de Dios y su triunfo se manifiesta en nosotros, que nuestra nueva vida redonda en su gloria.

Creo no forzar mi interpretación si afirmo que todo esto se comprende en su plenitud si a la meditación del texto de santo Tomás ponemos por telón de fondo el texto completo, por él evocado, de Venancio Fortunato.

2.2. El himno para el Oficio de Lectura, *Sacris solémnis* (Que el júbilo acompañe la solemnidad).

Pensemos que en el momento en que santo Tomás compone este texto lo hacía para resumir el sentido de un Oficio que santificaba la noche (vigilias/nocturnos) o acortaba la noche para anticipar la llegada del día (mañitines en la madrugada). La noche, que simbolizaba la muerte y el poder del mal, se ve vencida, junto con las realidades que representa, cuando los cristianos rezan, alaban a Dios y lo adoran durante la noche o la ma-

drugada. Un fuerte tono «pascual» inunda todo el texto y se refuerza con las primeras frases del Himno y el mismo modelo poético adoptado, como indica el profesor Arocena, «estrofa asclepiadea b con rima bisilábica, también después de la cesura según: ab, ab, cd, c» (Los himnos LH n° 135, p. 191).

Si bien pondero la traducción de don Félix María, aquí en la primera estrofa de nuestro himno él ha traducido *recédant vétera, nova sint ómnia* por «muriendo cuando sea viejo, todo se renueva», tal vez sonaría más conforme al sentido decir «muriendo cuanto sea viejo, todo se renueva». Lo cierto es que el Aquinate en todo este himno *Sacris solémnis* está presentando el paso del pecado y la muerte a la gracia y la vida. Viejo, como «hombre viejo» no es lo que acumula años, sino lo que se aparta de la vida. Santo Tomás, recordando la Cena y la Pascua, unidas en un único designio divino de salvación, presenta como el Pregón pascual una noche más luminosa que el día, porque los fieles por medio del «alimento» y de la «bebida» que Cristo les da gustan el «Pan de los ángeles» y todo se sintetiza al final de la doxología con que termina el texto: «nos guíes por tus sendas hasta esa Luz, en la que tú mismo habitas, esa Meta, hacia la cual nos encaminamos». (Los himnos LH n° 135, p. 192).

La cuarta estrofa nos lleva a otra consideración, *La Eucaristía*, sólo puede ser confeccionada por los sacerdotes ordenados (presbíteros u obispos), dirá santo Tomás: «a quienes incumbe tomarlo [el Sacrificio=Eucaristía] para sí y administrarlo a otros», esta alusión, así como las claras referencias al Sacramento, pueden ser un alegato contra la «Iglesia espiritual», sin je-

rarquía ni sacramentos, que según las profecías de Joaquín de Fiore tendría que implantarse a partir del año 1263.

2.3. El himno *Verbum supernum* (el Verbo soberano) compuesto para Laudes.

Don Félix María Arocena indica que este himno sigue en su estructura poética un esquema rítmico de «dímetro yámbico con rima bisilábica alternada» (*Los himnos LH*

«Al nacer se nos dio como Amigo, en la Cena como alimento, al morir como Rescate, y, al reinar, como Premio»; Los himnos LH nº136, p. 193.

nº 136, p. 192). El profesor Arocena vuelve a descubrirnos cómo santo Tomás, una vez más, conecta las primeras palabras de este himno con otro himno, ya en uso en su tiempo, el himno para el Oficio nocturno (hoy Of. de Lectura) de Adviento: *Verbum supernum pròdiens, a Patre lumen éxiens* (*Los himnos LH nº 72, p. 110-111*). La Eucaristía aparece en esta hora de la Resurrección (Laudes) como sacramento Pascual por antonomasia y la pascua como el objetivo último de la encarnación del Verbo. Las esperanzas de la historia humana, reflejadas en el tiempo del

Adviento, aquí, en la Eucaristía se ven cumplidas.

Pero el que obra nuestra salvación es al mismo tiempo el que nos permite conocer a Dios y sus designios últimos para con nosotros. Dios es amor y nos quiere junto a sí, se adelanta y supera nuestras expectativas. Las tres últimas estrofas del himno son particularmente elocuentes en este sentido, destacaré singularmente la antepenúltima: *Se nascens dedit sócium, / convéscens in edúlium, / se móriens in prétiúm, / se regnans dat in praémium*. (Al nacer se nos dio como Amigo, en la Cena como alimento, al morir como Rescate, y, al reinar, como Premio; *Los himnos LH nº136, p. 193*).

La Eucaristía nos ofrece el «alimento de los peregrinos» (pan de peregrinación), la fortaleza contra los «hostíli» (como bien indica Arocena en nota, «mundo, demonio y carne»). Y el acceso al descanso con Dios en una «vida sin término», toda adoración, alabanza y acción de gracias a Dios-Trinidad.

Conclusión, recordando la secuencia de santo Tomás para la Misa del Corpus, *Lauda Sion Salvatorem* ...

Santo Tomás monta este maravilloso poema dramático (secuencia) sobre una melodía gregoriana antigua atribuida a Adán de san Víctor. Esto, mucho más tarde, hizo que algunos pusiesen en duda la autoría de nuestro Santo sobre el conjunto de la composición, incluida la letra. Pero el testimonio de Tolomeo de Lucca, compañero de santo Tomás, sobre la composición del texto por parte del doctor Angélico y los análisis de identificación de la doctrina

expuesta en el dicho texto con la enseñanza teológica de santo Tomás zanjaron ya hace tiempo las dudas.

Las secuencias nacen en el periodo romano-germánico, que suele identificarse con la implantación del Rito romano en los territorios del Imperio de Carlomagno. Tratan de ser una síntesis de las lecturas bíblicas y los contenidos teológico-soteriológicos de las grandes fiestas en forma poética, para poder ser incluso representadas. En tiempos de santo Tomás ya tenían un gran desarrollo y se habían multiplicado. *Lauda Sion* posee un ritmo procesional. Se compuso para la fiesta del Corpus, como los himnos que hemos comentado. Aquí parece querernos introducir en un itinerario litúrgico propio de cada Misa y de la vida cristiana, que como, mucho más tarde explicitará la Iglesia, tiene en este Sacramento su fuente y culmen (LG 11; PO 5). En la Eucaristía celebrada hasta la comunión, en la vida cristiana hasta el Cielo. En esta secuencia santo Tomás maestro, se hace vocero del Señor para como «guía y pastor» mostrarnos tras los signos sencillos del Sacramento, la realidad del Cuerpo y la Sangre, de la Persona del Salvador, lleno de gracia y de verdad, que por su mandato se nos vuelve a presentar para provocar a nuestra fe, y provocar una relación auténtica con el Salvador que tiene poder para juzgar, dar salvación o castigo, y quiere que quien lo come lo haga, contrito y perdonado, para su salvación. El camino de esta melodía, quiere suscitar conversión y fe para que el encuentro con el Buen Pastor sea para todos salvación y prenda de gloria.

3 R. FRÖHLICH, *Histoire de l'Église, panorama et chronologie*, Desclée, (París 1984), 111.



«Doctor eucarístico»*

Lucas Pablo Prieto hnssc

Santo Tomás comprendió que en la Eucaristía Dios mismo escogía permanecer en el tiempo para ofrecernos la oportunidad de estar con Él y para que creyéramos en su amistad, ya que como decía el Filósofo, convivir es propio de los amigos (cf. III q.75 a.1).

AFIRMA santo Tomás, al inicio de su *Comentario a la Metafísica*, que la admiración es el inicio de la filosofía porque ante lo maravilloso anhelamos descubrir lo que late en los efectos. Normalmente hemos comenzado así el estudio de la filosofía. Pero inmediatamente a continuación añade: «puesto que la admiración fue la causa que indujo a la filosofía, es claro que de alguna manera el filósofo es *filomytos* (es decir, amante de las fábulas), lo cual es propio de los poetas» (In *Met I*, lect. 3). El poeta y el filósofo tienen un origen común, porque su actividad es el despertar de la inteligencia frente a algo que está más allá de nosotros. Por la misma razón Pieper sostenía que estas dos actividades eran esencialmente anti-burguesas, porque nos exigían salir de lo cotidiano,¹ de lo proporcionado a nosotros, para abrirnos a lo trascendente. Para completar el cuadro habría que añadir una terce-

raoperación que nace ante el descubrimiento de lo maravilloso: **la oración por la cual nos dirigimos a Dios.**

En la vida de santo Tomás estas tres dimensiones confluyeron en su relación con la Eucaristía, el verdadero misterio que despertó toda su admiración. Al tratar sobre ella expresó todo su genio como teólogo, como poeta compuso poemas insuperables y en su relación íntima con el Santísimo Sacramento se santificó como contemplativo. Pero lo más admirable es que estas tres dimensiones en santo Tomás se confundían. Quizás donde mejor se ve es en sus himnos eucarísticos. Toda su poesía nace de su contemplación y en cada verso expresa con simpleza y profundidad el misterio de nuestra fe. **Jesús Sacramentado polarizó toda su vida** y una prueba son sus últimas palabras: «te recibo, precio de la redención de mi alma y te acojo, viático de mi peregrinación. Por tu amor yo he estudiado, he vigilado, he sufrido».² No es extra-

¹ JOSEF PIEPER, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, (Madrid, 1998) 127-128.

² Citado en EUDALDO FORMENT, *Santo*



ño que recibiera en la Iglesia el título de Doctor eucarístico.

Pero podemos preguntarnos, ¿por qué ocupaba la Eucaristía esta centralidad? La respuesta de la Iglesia es clara: «los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de

apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra pascua» (CEC 1324). La Eucaristía es el Verbo encarnado y continuado en medio de los hombres. Nuestro santo dominico comprendió que en la Eucaristía Dios mismo escogía permanecer en el tiempo para ofrecernos la

oportunidad de estar con él y para que creyéramos en su amistad, ya que como decía el Filósofo, convivir es propio de los amigos (cf. III q.75 a.1). No olvidemos que los santos son modelos que nos regala Dios para que rectamente caminemos en nuestra vida; la celebración de santo Tomás debe ser una invitación a fijar en él nuestros ojos para descubrir e imitar el camino que le condujo a la amistad con Dios. En otras palabras, santo Tomás es una invitación a ser almas eucarísticas.

Hay un último elemento que siempre aparece en sus poesías y oraciones que me parece nos pueden ayudar a comprender mejor su amor a la Eucaristía: sus últimos versos siempre nos hablan del cielo, como consumación de lo que recibimos en la tierra. Lo que admiraba profundamente santo Tomás era la grandeza de un Dios que bajaba a la tierra para ser nuestro amigo, pero lo que enardecía su corazón era la esperanza de que este Dios lo llevara un día al cielo para que ahí gozara eternamente contemplando su rostro. Son las últimas palabras del *Adoro te devote*: «Jesús, a quien ahora miro oculto // cumple, Señor, lo que mi pecho ansía: // que a cara descubierta contemplándote, // por siempre goce de tu clara vista».

Tomás de Aquino, *su vida, su obra y su época*, BAC (Madrid, 2009) 657.

Importancia de la adoración eucarística

Por lo demás, la Iglesia católica, no sólo ha enseñado siempre la fe sobre la presencia del cuerpo y sangre de Cristo en la Eucaristía, sino que la ha vivido también, adorando en todos los tiempos sacramento tan grande con el culto latréutico que tan sólo a Dios es debido. Culto sobre el cual escribe san Agustín: «En esta misma carne [el Señor] ha caminado aquí y esta misma carne nos la ha dado de comer para la salvación; y ninguno come esta carne sin haberla adorado antes..., de modo que no pecamos adorándola; antes al contrario, pecamos si no la adoramos».

La Eucaristía, «sacramento de paz»*

P. Dominic Lagevin, O.P.

Uno de los títulos tradicionales de la Eucaristía es «sacramentum pacis», el «sacramento de la paz». Santo Tomás de Aquino utilizó la frase dos veces en su Comentario a las Sentencias. También la utilizó una vez en la Summa theologiae y dos veces en la Catena aurea sobre el evangelio de Mateo.

LA paz es un efecto de la caridad. El hecho de que la Eucaristía sea un o el «sacramento de la paz» se fundamenta en el hecho de que la Eucaristía es un o el «sacramento de la caridad», *sacramentum caritatis*. **La Eucaristía presupone la caridad y realiza la caridad.** La Eucaristía presupone la caridad en la medida en que el sacramento sólo puede celebrarse litúrgicamente en un contexto eclesial. La Iglesia fue constituida en la caridad por Cristo. La Iglesia está vinculada en la caridad entre sus miembros en la tierra, en el purgatorio y en el cielo. Tanto si la liturgia de la Eucaristía se celebra con miles de personas como si la celebra un solo sacerdote, la Eucaristía presupone la caridad eclesial.

Además, la Eucaristía es efecto de la caridad. Refuerza la unión entre Cristo y cada uno de los participan-

tes, y entre todos los miembros de la Iglesia.

Según santo Tomás, la estructura sacramental de la Eucaristía revela esta dimensión caritativa. Santo Tomás describe cómo la unión caritativa se significa en la Eucaristía por sus especies: a saber, la unión de muchos granos que se utilizan para formar un trozo de pan, y la multitud de uvas que se utilizan para formar una cantidad de vino. La multitud se une armoniosamente en algo uno.

Siguiendo el adagio escolástico, los sacramentos «causan lo que significan»¹. La significación de la celebración litúrgica eucarística –el *sacramentum tantum*– produce varios efectos. El primer efecto –*la res et sacramentum*– es la presencia real eucarística, el verdadero cuerpo y sangre

¹ STh, III, q. 62, a. 1, ad 1.

* Segunda parte de la conferencia «Paz, Eucaristía y sacerdocio según santo Tomás de Aquino» pronunciada por el P. DOMINIC LANGEVIN, O.P. organizada por el Instituto Santo Tomás junto con la Facultad de Filosofía de Cataluña para conmemorar la festividad de santo Tomás de Aquino. La primera parte sobre la naturaleza de la paz se reproducirá en un número próximo dedicado a la paz.

de Cristo, sustancialmente presentes entre nosotros bajo los signos sacramentales de lo que fueron el pan y el vino. Esta presencia estable de Cristo en medio de nosotros es un signo de la caridad de Cristo hacia nosotros. Santo Tomás lo describe muy bellamente cuando explica por qué la presencia eucarística no es sólo una figura, sino que es el verdadero y sustancial cuerpo y sangre de Cristo. Tomás escribe:

«Esta presencia se ajusta a la caridad de Cristo, por la que asumió un cuerpo real de la misma naturaleza que la nuestra para nuestra salvación. Y, porque es connatural a la amistad compartir la vida con los amigos, como dice el Filósofo, Cristo nos ha prometido su presencia corporal, como premio, en el texto de Mateo: donde está el cuerpo allí se reúnen las águilas. Mientras tanto, sin embargo, no ha querido privarnos de su presencia corporal en el tiempo de la peregrinación, sino que nos une con Él en este sacramento por la realidad de su cuerpo y de su sangre. Por eso dice en Juan: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en Él». Por tanto, este sacramento es signo de la más grande caridad y aliento de nuestra esperanza, por la unión tan familiar de Cristo con nosotros»².

(Este pasaje es mi texto favorito de santo Tomás. Me complace leerlo en español). La Eucaristía «es el signo de la suprema caridad», el hecho de Jesús, nuestro amigo, quien desea «morar» con nosotros, sus amigos. Un amigo puede enviarte un correo electrónico. Puede enviarte una postal. Pero la cumbre de la amistad exige la presencia corporal, física. La presencia real eucarística es la caridad de Cristo en su carne y en su sangre.

La Eucaristía implica también una

dimensión sacrificial. Los signos sacramentales son dobles: dos especies (pan y vino), dos consagraciones (una consagración del pan y una consagración del vino), dos tipos de presencia real (el cuerpo de Cristo y la preciosa sangre de Cristo). Todo ello significa a Cristo dividido en dos en el Calvario, su sangre derramada desde su cuerpo. Los signos eucarísticos realizan una participación en el sacrificio de Cristo. La Eucaristía es la representación de ese sacrificio para que sus efectos puedan aplicarse a nosotros hoy. Un efecto esencial es la caridad. Tomás escribe: «La Eucaristía es el sacramento de la Pasión de Cristo en el sentido de que el hombre se perfecciona en unión con Cristo que padeció. [...] Así a la Eucaristía se la llama sacramento de la caridad, que es vínculo de perfección, como se dice en Col 3,14».³

Esta última cita insinúa el fin último de la Eucaristía, la gracia final, la *res tantum*. Tomás describirá esta gracia de formas ligeramente diferentes. La describe como «refrigerio espiritual y caridad»⁴. Alternativamente, dice que la Eucaristía «fue instituida [...] para alimentar espiritualmente mediante la unión entre Cristo y sus miembros, como el alimento se une con la persona alimentada. Pero [...] esta unión es efecto de la caridad»⁵. **Hay otros efectos secundarios de la Eucaristía**, como la remisión de los pecados, las gracias actuales, la fuerza física para el sacrificio terrenal, la gloria espiritual en el cielo y la resurrección del cuerpo. Pero la conclusión de la gracia eucarística es la refección espiritual y la caridad a través del alimento. En efecto, el «alimento espiritual» y la «unión con Cristo»

deben considerarse como una única realidad.

La paz eucarística significa la tranquilidad del alma y del cuerpo eclesiales que están bien ordenados en el amor de la Iglesia a Dios.

En la liturgia eucarística, la paz o la pacificación es un tema destacado. Veamos algunos ejemplos. Estos textos abarcan las tres partes de la significación y eficacia eucarísticas: el *sacramentum tantum*, la *res et sacramentum* y la *res tantum*. En la segunda petición del Canon Romano, el sacerdote reza por la paz (o pacificación) de la Iglesia (o la pacificación de sus miembros): «Te pedimos [...] que aceptes y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos, ante todo, por tu Iglesia santa y católica. [Esta es la primera petición. Y a continuación]: para que le concedas la paz». En el rito de la Comunión, oímos: «Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: “La paz os dejo, mi paz os doy”, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu Palabra concédele la paz y la unidad». Después, el sacerdote dice al pueblo: «La paz del Señor esté siempre con vosotros». El pueblo devuelve esa paz: «Y con tu espíritu». El sacerdote dice: «Daos fraternalmente la paz». Finalmente, en el *Agnus Dei*, la estrofa final termina: «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz». Santo Tomás comenta esta extensa invocación a la «paz» en los ritos previos a la Comunión:

«Para la recepción del sacramento [de la Eucaristía,] la preparación general tiene tres partes: [...] tercera, el cumplimiento de la paz, en, “la paz del Señor sea con vosotros”, porque éste es el sacramento de la santidad y de la paz; y como la paz de Cristo sobrepasa todos los sentidos, por esta razón la petición de

3 STh. III, q. 73, a. 3, ad 3.

4 STh. III, q. 79, a. 1

5 STh. III, q. 79, a. 5.

2 STh, III, q. 75, a. 1

paz la comienza el sacerdote, cuando dice: «la paz del Señor sea con vosotros», y la completa el coro, cuando dice: «Cordero de Dios». Y de este modo, termina tres cosas comenzadas por el sacerdote, a saber: «Gloria a Dios en las alturas», que pertenece a la esperanza; «Creo en un solo Dios», que pertenece a la fe; y «la paz del Señor esté con vosotros», que pertenece a la caridad. Ahora el pueblo pide misericordia en la eliminación del mal contra la desdicha de la culpa y el castigo, y la paz, en la realización de todo bien; y para ello se dice tres veces el Cordero de Dios».⁶

La Eucaristía significa y realiza la paz

Un modo de ver la paz de la Eucaristía es en la veneración y adoración eucarísticas. ¿Habéis tenido alguna vez la experiencia de estar con el Santísimo Sacramento en un lugar público y experimentar una gran paz, una paz sobrenatural? Puede haber muchas personas a tu alrededor. La comunidad podría estar cantando. Podrías estar caminando en una procesión Eucarística. Y en medio de todas esas personas y actividades, Cristo da una unidad y una tranquilidad sobrenaturales. Eso es la paz eucarística.

¿Recordáis cuántos efectos eucarísticos he nombrado hace unos minutos? Había muchos de los llamados secundarios. Otros sacramentos también podrían reclamar esos efectos. ¿Acaso el bautismo no causa también la remisión de los pecados, las gracias actuales, la fuerza física para el sacrificio terrenal, la gloria espiritual en el cielo y la resurrección del cuerpo? En efecto, así es. De hecho, los sacramentos pueden solaparse en sus gracias porque toda gracia es una participación en la vida de la única Trinidad divina. Todos los sacramentos confieren la gracia y todo lo que la acompaña, incluida la caridad. Pero cada sacramento confiere un modo o modalidad específica de esa gracia. (En esto, estoy siguiendo la enseñanza de un dominico tomista, Juan de Santo Tomás, que enseñó esta teoría mientras era profesor en la Universidad de Alcalá).

Así pues, tú y yo necesitamos examinar más a fondo y más experimentalmente cómo la Eucaristía significa y efectúa específicamente la paz. En esto, estamos haciendo pura investigación, una lluvia de ideas.

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super Sent.*, lib. 4, d. 8, q. 2, a. 4, qc. 3, expos.



«Enamórennos de este sacramento»

Hablando de los sacramentos, santo Tomás se detiene de modo particular en el misterio de la Eucaristía, por el cual tuvo una grandísima devoción, hasta tal punto que, según los antiguos biógrafos, solía acercar su cabeza al Sagrario, como para sentir palpitar el Corazón divino y humano de Jesús. En una obra suya de comentario de la Escritura, santo Tomás nos ayuda a comprender la excelencia del sacramento de la Eucaristía, cuando escribe: «Al ser la Eucaristía el sacramento de la Pasión de Nuestro Señor, contiene en sí a Jesucristo, que sufrió por nosotros. Por tanto, todo lo que es efecto de la Pasión de Nuestro Señor, es también efecto de este sacramento, puesto que no es otra cosa que la aplicación en nosotros de la Pasión del Señor» (*In Ioannem*, c. 6, lect. 6, n. 963). Comprendermos bien por qué santo Tomás y los demás santos celebraban la santa misa derramando lágrimas de compasión por el Señor, que se ofrece en sacrificio por nosotros, lágrimas de alegría y de gratitud.

BENEDICTO XVI,
Audiencia general, 23/6/2010

Como refrigerio y refección espiritual, la Eucaristía es alimento espiritual repetido, frecuente, quizá incluso diario, para nuestro viaje terrenal, a través de las pruebas, que nos lleva al Cielo. **La Eucaristía está ordenada para ir en aumento.** No como los sacramentos que confieren el carácter –bautismo, confirmación y orden sagrado–, que confieren cambios instantáneos, permanentes y significativos, aunque esos sacramentos también confieran gracias reales que pueden producirse progresivamente con el tiempo. **La Eucaristía implica el mayor cambio posible en la tierra: el cambio del pan en el cuerpo de Cristo, y del vino en la sangre de Cristo. Pero el efecto de la eucaristía en sus destinatarios suele ser lento y progresivo.** Tal vez cualquier pacificación Eucarística sea también creciente, lenta, cotidiana y sólo perceptible a largo plazo. Sería la pacificación de los apetitos de un hombre, de modo que, tras años de asistencia repetida y devota a misa y a la sagrada Comunión, sus amores se ordenaran más correctamente hacia Dios y las cosas piadosas. Este es el movimiento lento y progresivo que vemos típicamente en la vida espiritual. El anciano devoto está mejor ordenado y más en paz que el joven devoto, que todavía puede ser bastante vacilante en su capacidad de atención, menos «asentado en sus costumbres».

La forma en que las gracias de la Eucaristía actúan a nivel individual puede ser también la forma en que actúan a nivel social. Puede haber gracias lentas y progresivas en una tierra o en una cultura a lo largo de los siglos. ¿Es España una tierra mejor y más pacífica porque aquí se han celebrado millones de misas y comuniones? Sí. Esa afirmación puede parecer difícil, dado el derramamiento de sangre de la invasión musulmana

o de la Guerra Civil española, acontecimientos que supusieron un derramamiento de sangre precisamente porque los cristianos no estaban dispuestos a renunciar a su fe cristiana. Aún con esa historia humana, los ojos de la fe pueden ver la historia con mayor amplitud. La paz eucarística de Cristo ha marcado España para bien.

Decía antes que la Eucaristía presupone un contexto eclesial. Supone una caridad preexistente. Esto sugiere que la Eucaristía puede no ser el sacramento de la paz que reconcilia a los enemigos. Los sacramentos del bautismo o la penitencia son más adecuados para esas conversiones radicales. Tal vez el modo en que la Eucaristía es un sacramento de paz es moviendo a las personas que tienen concordia (cooperación y unión exterior) hacia la verdadera paz (cooperación y unión exterior e interior). La Eucaristía también puede profundizar en una paz parcial.

La Eucaristía es el sacramento preeminente de la paz porque sustancialmente el «Rey de la Paz» es Jesucristo.

La paz implica orden. La caridad tiene un orden. Por ejemplo, se ama a Dios por encima de todo. La caridad también establece un orden. La caridad es la forma de las virtudes. La caridad ordena, organiza e impulsa las demás virtudes, como la justicia y la templanza. Si la Eucaristía es el sacramento que con más fervor acrecienta la caridad, también acrecienta el orden de los apetitos del hombre. Esto aumenta su paz.

La Eucaristía representa la Pasión de Cristo, una caridad sacrificada y fiel a la verdad de Dios. En la

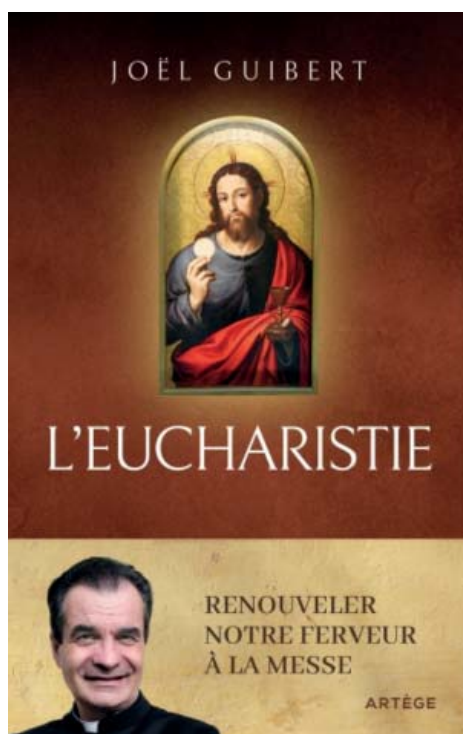
guerra terrenal, el bando virtuoso no siempre obtiene la victoria militar. Los héroes pueden ser los que mantienen la virtud, pero pierden sus vidas humanas. Lo que es militarmente conveniente puede ser moralmente repugnante. Lo que es físicamente temerario puede ser espiritualmente sabio. El sacrificio eucarístico puede fortalecer la paz interior de los fieles de dos maneras. En primer lugar, la Eucaristía da paz interior incluso cuando los fieles deben soportar la discordia exterior. Esta paz interior incluiría el amor a nuestros enemigos. En segundo lugar, desde este estado de paz, los fieles pueden actuar. La Eucaristía fortalece a los fieles para que puedan actuar virtuosamente en la conversión terrena y en el combate, ya sea físico o espiritual. Esta fuerza eucarística conduce a las duras acciones que buscan superar los obstáculos que impiden la paz.

La Eucaristía es el sacramento preeminente de la paz porque es sustancialmente el «Rey de la Paz», Jesucristo, y porque Cristo está activo en este sacramento. Los otros seis sacramentos no implican la plena presencia sustancial de Cristo. Pero comunican el poder de Cristo. Y ese poder es también pacificador. Así, por analogía, podemos confirmar que cada uno de los sacramentos podría llamarse «sacramento de la paz». Cada sacramento realiza la caridad de un modo particular. Cada uno, a su manera, significa y realiza la paz de Cristo. Cada uno es una modalidad de la gracia, de la caridad y de la paz de Cristo. La Eucaristía es un sacramento de paz a través de la nutrición sacrificial. El sacerdocio comunica la paz a través de la mediación jerárquica y la bendición.

Gracias a Jesucristo por su paz sacramental.

La Eucaristía: un diamante

«Urge redescubrirla en todas sus facetas», explica el padre Joël Guibert, sacerdote de la diócesis de Nantes, que ha sido entrevistado por France Catholique (nº3843, febrero 2024) a propósito del libro que acaba de publicar sobre la Eucaristía.



Su libro¹ pretende «reavivar» el amor a la Eucaristía que, en su opinión, ha sido víctima de un cierto rechazo moderno a la noción de «sacrificio»...

–El simple hecho de que el término «sacrificio», aplicado a la Eucaristía, incomode a un cierto número

¹ JOËL GUIBERT, *L'Eucharistie. Renouveler notre ferveur à la messe*, ed. Artège, (2024).

de nuestros contemporáneos revela que la Iglesia atraviesa una crisis. En los siglos que nos han precedido, la Eucaristía como sacrificio era una evidencia. La dificultad de integrar el misterio de la Cruz indica que algo falla en nuestra sociedad.

¿A qué lo atribuye?

Suscribo la idea del escritor estadounidense Rod Dreher de que nuestra sociedad del hiperconsumo y del placer permanente lleva consigo una mentalidad que evita el más mínimo sufrimiento porque considera que nunca puede ser beneficioso, es lo que él llama el «espíritu terapéutico». Como resultado, todo el misterio central de la Redención –es decir, del sufrimiento redentor de la Cruz– se ha vuelto prácticamente inaudible para el mundo pagano y para muchos cristianos. También por esta razón la Eucaristía como banquete ha pasado por delante de la Eucaristía como sacrificio, lo cual es sumamente grave.

En efecto, la Misa es a la vez banquete y sacrificio: es un banquete sacrificial. ¡No la reduzcamos a un «momento convivencial!» No creo que para la Santísima Virgen y para san Juan el estar al pie de la Cruz



Francisco Zurbarán, *Agnus Dei* (1635 - 1640)

fuera un «momento convivencial». La Eucaristía es un diamante cuyas múltiples facetas son la única manera de hacerlo brillar. Presentar sólo una faceta es empobrecerla terriblemente. Reducir la Eucaristía a un banquete y a la comunión entre personas, a un simple «encuentro», vacía las iglesias. Y al contrario, he observado que lo que realmente atrae a los jóvenes de hoy es anunciar la totalidad del misterio –aunque sea inagotable– y no una versión trunca del mismo.

¿Ha influido en esto la pérdida del sentido del pecado?

–Si se pierde el sentido del pecado, se pierde el sentido de la Eucaristía, porque la Eucaristía es sinónimo de redención. Pero la Eucaristía no es la redención de cualquier cosa, sino justamente del pecado, es decir, de la ruptura de la alianza existente entre Dios y el hombre. Por tanto, negar el pecado significa vaciar a la redención de su objeto. Y puesto que el misterio de la Eucaristía es la actualización de la redención en la

Cruz, de este modo se vacía la Eucaristía de su misterio. Todas estas nociones de «sacrificio», «expiación», «mérito»... han sido eliminadas de la predicación popular. Por eso, en la mente de muchos cristianos, lo que los pastores no dicen se convierte en lo que sí dicen. Si «los curas ya no hablan de eso», ¡entonces es que ya no es lo que toca!

¿También aquí tiene la culpa el «espíritu terapéutico»?

Hay otro factor que puede ser la política del péndulo. El jansenismo presentaba a Dios casi como alguien sediento de sangre. Así que, para borrar y rectificar esta imagen, pasamos de un exceso a otro. Y como la palabra «sacrificio» evoca la sangre, tiramos el bebé junto con el agua de la bañera. Esto es sintomático de la tentación actual de la Iglesia que, contrariamente a lo que se repite a menudo, no es el clericalismo, sino la mundanidad: presentar un Cristo vendible, es decir, que sea «aceptable» para el mundo de hoy. Es evidente que la noción de «Santo Sacri-

ficio de la Misa» resulta violenta para esta mentalidad mundana. Como católicos que vivimos en el mundo, debemos tener cuidado de no dejarnos ganar por esta mundanidad, como repite a menudo el papa Francisco.

Usted habla de la Misa como una «actualización» de la Cruz... ¿Cómo comprenderlo?

En su encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), Juan Pablo II evocaba un recuerdo de su primera misa: «Mis ojos se concentraban en la hostia y el cáliz, en los que el tiempo y el espacio se “contraían” de algún modo y en los que el drama del Gólgota volvía a estar poderosamente presente, revelando su misteriosa “contemporaneidad”. La Misa es el sacrificio del Calvario hecho presente ante nuestros ojos.

Pero debemos evitar dos errores. El primero es el hiperrealismo, que consiste en pensar que en la Misa Jesús vuelve a subir a la Cruz y derrama de nuevo su sangre. San Pablo nos recuerda que Cristo murió «de una vez para siempre» (Rom 6,10). El

otro error es el hipersimbolismo que piensa que la Cruz es un símbolo superado. La verdad es que la misa no «reproduce» la Pasión; ¡es la única Pasión la que se «reproduce»!

¿Varía el valor de la Misa según la belleza de las liturgias?

Dios se entrega de la misma manera en cada misa, no en función de la liturgia exterior, ¡ni siquiera según la fe del celebrante o de los feligreses! Incluso si la liturgia es pobre, es el mismo sacrificio el que se realiza. Las gracias recibidas por los fieles dependen también de su disponibilidad durante la misa. La belleza de una celebración –los ornamentos litúrgicos, los cálices, la procesión...– sólo está ahí para ayudar al hombre a entrar en la grandeza del misterio. Pero no limitemos el misterio al signo visible. La misa de un santo cura de Ars, solo en su pobre iglesia, en plena noche, glorifica más a Dios que una misa pomposa en la que un sacerdote celebrase con orgullo.

¿Es tan importante el fervor del sacerdote?

–El sacerdote sólo da lo que tiene. Por eso la celebración de la misa es tan formidable, porque su alma se presenta en su desnudez. De ahí viene todo: si el sacerdote se precipita en la Misa o si está tan obsesionado por hacerla bien que no entra en el misterio de la misa como podría haberlo hecho el Padre Pío, eso perjudicará a la asamblea. Existe otro riesgo, introducido por la reforma litúrgica y recordado por Benedicto XVI: que el sacerdote se convierta en un «*showmaster*», es decir, en un animador, y que la misa se convierta en una «autocelebración» de la asamblea. El sacerdote también debe saber resistir a ciertas peticiones de los fieles, en particu-

lar las relacionadas con las ocasiones festivas. En la misa, lo festivo –como ciertos instrumentos musicales– puede resultar indecente, en contraste con la gran alegría «aleluática» que debemos sentir porque Cristo ha resucitado.

Gólgota y Resurrección: debemos unir estos dos momentos que muchas veces oponemos por error. Para entrar en el verdadero misterio debemos cultivar una seriedad gozosa. A este respecto, la elección de los cantos no es indiferente, ya que marcan el tono de la celebración. No olvidemos el principio de la teología: *lex orandi, lex credendi*, que significa que «la ley de la oración produce la ley de lo que se cree». En otras palabras, la elección de los cantos no deja de tener consecuencias sobre el contenido de la fe de la asamblea.

Entonces, ¿cómo debemos entender la «participación activa de los fieles» en la Misa?

–Los textos del Vaticano II son muy claros sobre el significado de la participación, pero la forma en que se ha presentado en los cursos de formación litúrgica y en las parroquias expresa una mentira. Se ha hecho creer a la gente que consistía en comprometerse a leer las lecturas, en tocar la guitarra, etcétera. Pero para el Concilio participación activa significa entrar en el misterio. ¿Y qué hace Jesús en la misa? Se entrega, se ofrece al Padre para que seamos salvos. Así que la participación activa de los fieles consiste en ofrecerse uno mismo para participar en la ofrenda de Cristo. Y esto, nadie nos lo recuerda... No sólo engañamos a la gente, sino que, sobre todo, la dejamos en el umbral del misterio. Cuando releamos esta parte de la historia, nos daremos cuenta de que merecemos sin duda el reproche de

Nuestro Señor Jesucristo contra los escribas y fariseos: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el Reino de los Cielos a los hombres! Porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que quieren entrar!» (Mt 23,13).

A veces oímos que tenemos que centrarnos en la Palabra de Dios para «superar» una Iglesia centrada en la Eucaristía...

El peligro actual es la protestantización de la Iglesia católica. Quien dice protestantización dice otorgar un lugar hipertrofiado a la Palabra respecto de la liturgia eucarística. Lo hemos experimentado después del Concilio, con la inflación de la Palabra en ciertas liturgias, ¡donde luego había que despachar rápidamente la consagración! Si el Vaticano II habla de dos mesas, la «mesa de la Palabra» y la «mesa de la Eucaristía», ¡hay que recordar, como decía el padre Jerónimo, monje de Sept-Fons, que Cristo no está presente en la Palabra como lo está en la Eucaristía! No recordar esto es señal de que hemos entrado en esta protestantización.

¿La crisis del Covid, en la que se prohibió el culto público, demostró que la misa ya no ocupaba un lugar central en nuestras vidas?

–En nombre de la benignidad, hemos llegado a prohibir el corazón de lo que mantiene vivo al mundo, la Eucaristía. Algunos moribundos ni siquiera han podido recibir la asistencia de un sacerdote. Si bien corresponde a las autoridades políticas tomar las medidas necesarias para evitar la propagación de epidemias, esto no puede hacerse a costa de la salvación de las almas. Hoy en día, la salvación de los cuerpos ha tomado el lugar de la salvación de las almas.

Entonces, ¿la Eucaristía y la Iglesia no pueden disociarse?

–Según el hermoso adagio del Padre De Lubac, «es la Eucaristía la que hace la Iglesia y es la Iglesia la que hace la Eucaristía». La Eucaristía es Jesús. Pero la Iglesia no es una «gran maquinaria», una institución puramente humana. ¡Su alma es Cristo! Sin Él, la Iglesia no es nada. Si deformamos el sentido profundo de la Eucaristía, corremos el riesgo de desfigurar la Iglesia, porque ambos están estrechamente unidos. Por eso Benedicto XVI dijo que la renovación de la Iglesia vendría por la liturgia y la adoración.

¿Qué lugar tiene, según usted, la Eucaristía en la misión?

–Tengo la impresión de que, como la Iglesia está en crisis, se utiliza la evangelización como el comodín para cualquier cosa. Pero mientras no pongamos el misterio de la Cruz en el centro de la evangelización, mientras nos contentemos con «trucos» o «kits», la evangelización seguirá declinando. Porque el centro de la evangelización es el misterio pascual. Para redescubrirlo puede que necesitemos un colapso de la Iglesia, de modo que seamos conducidos de nuevo al desierto, para redescubrir el espíritu de pobreza y, sobre todo, a Dios. El cardenal Daneels decía que habíamos convertido a la Iglesia en una pequeña empresa maleable. Sin duda, debemos ver en la crisis actual, por dolorosa que sea,

una llamada de Dios a redescubrir sus fundamentos.

¿Nos permitirá la Eucaristía ese retorno a los fundamentos?

–La renovación, en las parroquias y en la Iglesia, vendrá de las personas que se dejen atrapar por Dios y que, abrasadas por su presencia, abrasen a los demás. Así que la pregunta que hay que hacerse no es «¿Qué puedo hacer yo en mi parroquia?» sino «Dios, ¿qué quieres hacer de mí?». Lo demás vendrá por añadidura. Necesitamos redescubrir la dimensión íntimamente personal con Dios. ¿Y qué mejor ocasión que la misa o la adoración, ante la hostia consagrada, para dejarnos atrapar por Dios para luego incendiar el mundo?

La Eucaristía, regalo del Corazón de Jesús

Con todo, en primer lugar deseamos que por medio de una participación más intensa en el Sacramento del Altar sea honrado en el Corazón de Jesús cuyo regalo más grande es justamente en la Eucaristía. De hecho, en el sacrificio eucarístico se inmola y se recibe a nuestro Salvador siempre vivo a interceder por nosotros (Hbr 7, 25), cuyo Corazón fue abierto por la lanza del soldado y derramó sobre el género humano el torrente de su Sangre preciosa, mezclada con agua; en este excelso Sacramento, además, que es la culminación y centro de los demás sacramentos, se gusta la dulzura espiritual en la misma fuente y



se recuerda aquella insigne caridad que Cristo ha demostrado en su pasión (santo Tomás de Aquino, *opusculum* 57); es necesario por tanto que para usar las palabras de san Juan Damasceno «nos acerquemos a él con deseo ardiente» para que el fuego de nuestro deseo, recibiendo como si fuera el ardor de una brasa, destruya quemando nuestros pecados e ilumine los corazones y de tal manera en el contacto habitual con el fuego divino nos volvamos ardientes y puros y semejantes a Dios.

Pablo VI, *Investigabiles divitias Christi* (1965)

Santa Clara de Asís y su amor por la Eucaristía

En 1240, soldados musulmanes venidos para sitiar Asís, invaden el monasterio de las clarisas. Entre el pánico general, sólo la abadesa conserva la sangre fría. No hay posibilidad alguna de socorro humano; pero queda Dios. Y Clara se dirige a Cristo en la Eucaristía, como recuerda la Legenda Sanctae Clarae (1255-1256), Escritos de santa Clara y documentos contemporáneos, BAC, 1970, p. 152-154. La respuesta de Cristo debió marcar profundamente en el futuro la piedad eucarística de la familia clarisa. No podían olvidar las hermanas que un día les había llegado la salvación de Cristo escondido en la «píxide de plata recubierta de marfil».

ME agrada ahora contar los prodigios de su oración, con verdad fidelísima a la vez que con merecidísima veneración. Durante el infortunio que, bajo el dominio del emperador Federico, en diversas partes del mundo sufría la Iglesia, el valle de Espoleta bebía con mayor frecuencia del cáliz de la ira. A modo de enjambre de abejas, así estaban estacionados en el valle, por mandato imperial, escuadrones de a caballo y arqueros sarracenos con el propósito de destruir los campamentos y expugnar las ciudades fortificadas. En esta situación, una vez, lanzándose el furor enemigo contra Asís, ciudad particular del Señor, y acercándose ya el ejército a las puertas, los sarracenos, gente pésima que tiene sed de sangre cristiana y osa los más descarados crímenes, cayeron sobre san Damián, dentro de los límites del lugar; mejor dicho, dentro del claustro de las vírgenes. Se deshacen los corazones

de las damas a causa de los temores, tiemblan por el horror las palabras y llevan a la Madre sus llantos. Ella, con impávido corazón, ordena que la conduzcan, enferma como estaba, hasta la puerta y que la pongan delante de los enemigos, precediéndola la caja de plata¹, contenida dentro de un marfil, en la que se guardaba con suma devoción el Cuerpo del Santo de los Santos.

Y luego que se hubo postrado de bruces en oración al Señor, con lágrimas habló a su Cristo: «¿Te place, mi Señor, ¡eh!, entregar en manos de

¹ En 1230, Juan Parente, ministro general de la Orden franciscana, mandó que se conservara en todos los conventos el Santísimo Sacramento en copones de marfil o de plata, colocados en tabernáculos bien cerrados. Nótese, sin embargo, que las custodias más antiguas se remontan al siglo XIII. El papa Urbano IV aprobó oficialmente, en 1264, la fiesta del Cuerpo de Cristo, a instancias de santa Juliana de Montcornillon.



paganos a tus esclavas inermes, a las cuales he criado en tu amor? Guarda, Señor, te ruego, a estas tus siervas a las cuales no puedo defender en este trance una voz. Enseguida, desde el propiciatorio de la nueva gracia, una voz como de infantil se dejó sentir en sus oídos «Yo siempre os defenderé». Mi Señor –añadió– protege también si te place a esta

ciudad que nos sustenta por tu amor. Y Cristo a ella «Soportará molestias, mas será defendida por mi fortaleza». En esto, la Virgen, levantando el rostro bañado en lágrimas, conforta a los que lloran diciendo «Hijas, con seguridad os prevengo que no sufriréis nada malo; basta que confiéis en Cristo. Sin tardar más de repente la audacia de aquellos pe-

rrros, reprimida, se empavorece, y, escapándose de prisa por los muros que habían escalado, fueron dispersados por el valor de la suplicante. A continuación Clara, a aquellas que habían oído la voz referida, les conmina prohibiéndoles con seriedad «Hijas carísimas, guardaos de todas maneras, mientras yo tenga vida, de revelar a nadie aquella voz».

«Que de amor salís de Vos»

*¿Qué amores son estos, Dios,
daros hoy en vino y pan?
Mirad, Señor, que dirán,
que de amor salís de Vos.*

Que améis, mi Dios, no admiráis, siendo todo Vos amor; lo que me espanta es, Señor, ver quien es a quien amáis. Amar el Hijo de Dios tanto a los hijos de Adán, mirad, Señor, que dirán *que de amor salís de Vos.*

Por el hombre, hombre os hicisteis, y en trabajos muy extraños tuvistes treinta y tres años,

y por él al fin moristeis. Y no contentándoos con eso, os le dais en pan; mirad, Señor, que dirán *que de amor salís de Vos.*

Obra de amor tan divino; mas ¿quién habrá que no asombre darse a comer Dios al hombre en forma de pan y vino? Do en cada cual de las dos hombre y Dios en uno están; mirad, Señor, que dirán *que de amor salís de Vos.*

Admira la afición vuestra, mas al fin hacéis, Señor,

conforme a vuestro valor, y no a la poquedad nuestra. Y a trueque de que, mi Dios, salvéis los hijos de Adán, vos no curáis si dirán *que de amor salís de Vos*

Luis de Trelles, *Villancico al Santísimo Sacramento*, L.S. Tomo XI, año 1880, p.390.



700 Años de la canonización de Santo Tomás de Aquino

Enrique Martínez García


«Tengo bien claro que el deber principal de mi vida es ser consciente de que me debo totalmente a Dios, y quiero cumplir con este deber de tal modo que no sólo mis palabras, sino también todos mis actos, sean signos de un lenguaje que habla de Dios» (Santo Tomás de Aquino, SCG I, 2)

«Imitar el ejemplo de su vida»

EL 18 de julio de 1323, el papa Juan XXII canonizaba en la catedral de Aviñón al dominico Tomás de Aquino, cuarenta y nueve años después de su muerte. Por tal motivo, y a petición del Maestro General de la Orden de Frailes Predicadores, el papa Francisco decretó que el 28 de enero de 2023 diera inicio un jubileo, conmemorando hasta el 28 de enero de 2025 el VII centenario de dicha canonización y los 750 años de su fallecimiento. La Penitenciaría Apostólica ha concedido indulgencia plenaria a los fieles que, en las condiciones habituales, peregrinen a un lugar sagrado vinculado con la Orden de Predicadores y participen en las ceremonias jubilares, o dediquen un tiempo suficiente a la oración, concluyendo con la oración dominical, el símbolo de la fe y las invocaciones a la santísima Virgen y a santo Tomás de Aquino.

La Iglesia nos indica cómo conmemorar esas efemérides: acudiendo a la Misericordia divina por medio

de la recepción de la indulgencia plenaria. Mas también es don misericordioso de Dios la santidad de sus hijos, y de ahí que las canonizaciones estén ordenadas a la imitación de los santos para así caminar, más aún correr, hacia nuestra propia santificación: «Teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca» (Hb 12, 1). Comentando este pasaje de la Carta a los Hebreos dice precisamente santo Tomás: «Nos vemos, pues, inmersos en esta nube de testigos, porque la vida de los santos en cierto modo nos induce a la necesidad de imitarlos (...) Dice san Agustín que, así como el Espíritu Santo habla en la Escritura, así lo hace también en los hechos de los santos, que son para nosotros forma y precepto de vida» (In Heb. c.12, lect.1). Tomemos, pues, a santo Tomás de Aquino como modelo para nuestra vida, según aquello que reza la Iglesia en la oración de su memoria litúrgica: «Dios nuestro, que hiciste insigne a santo Tomás de Aquino por el anhelo de la santidad y la dedicación a las ciencias sagradas, concé-



JUBILEO
2023-2025
SANTO TOMÁS
DE AQUINO

denos comprender sus enseñanzas e imitar el ejemplo de su vida».

No entraremos ahora en la comprensión de sus enseñanzas, aunque nos sirvamos de ellas, pero sí a su «anhelo de la santidad y la dedicación a las ciencias sagradas», que es lo que se propone como más ejemplar en su vida.

El deber principal de mi vida»

«Tengo bien claro –escribe al inicio de la *Summa contra gentiles*– que el deber principal de mi vida es ser consciente de que me debo totalmente a Dios, y quiero cumplir con este deber de tal modo que no sólo mis palabras, sino también todos mis actos, sean signos de un lenguaje que habla de Dios» (SCG I, 2).

En este texto podemos identificar las dos vertientes de la vocación de santo Tomás como maestro: una es su consagración «me debo totalmente a Dios»; y otra es su servicio a los hombres con «un lenguaje que habla de Dios».

Comencemos con su consagración. Ésta responde al anhelo de santidad que mencionábamos anteriormente, consistente en la unión con Dios por la caridad. Santo Tomás lo

explica muy bien al hablar de la devoción, que es un acto de la virtud de la religión por la que la voluntad está dispuesta a hacer con prontitud lo que pertenece al servicio de Dios: «A la caridad pertenece inmediatamente el hacer que el hombre haga entrega de sí mismo a Dios, adhiriéndose a Él por cierta clase de unión espiritual. Pues bien, la entrega que hace el hombre de sí mismo a Dios es acto inmediato de la religión y mediato de la caridad, la cual es principio de la religión» (S.Th. II-II, q.82, a.2 ad 1). Y así, santo Tomás se entregó totalmente a Dios para estar unido a Él; por eso, al final de su vida, tras escuchar a Cristo mismo decirle desde el crucifijo «Tomás, has escrito bien de mí, ¿qué premio quieres?», le respondió: «Señor, nada sino a ti» (*Non nisi te, Domine*).

Esa búsqueda la inició ya desde niño, siendo oblato benedictino; Tomás preguntaba con insistencia al monje: «¿Qué es Dios?». De ahí que su consagración consistió específicamente en buscar la sabiduría acerca de Dios, como leemos en la Escritura: «La amé y la busqué desde mi juventud y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura (...) ¿Hay mayor riqueza que la sabiduría, que lo realiza todo? (...) Así

pues, decidí hacerla compañera de mi vida» (Sb 8, 2. 5. 9).

En el sermón «Puer Jesus» explica santo Tomás cómo se debe buscar la sabiduría. Primero, escuchando con atención: «Digo, primero, que para que un hombre crezca en sabiduría, le es necesario que escuche de buen grado, porque la sabiduría es tan profunda que ningún hombre se basta por sí solo a contemplar». Así fue la escucha de santo Tomás, que durante toda su vida supo hacerlo con actitud humilde y perseverante, mas juzgando lo que oía para discernir lo verdadero de lo falso.

En segundo lugar, dice que hay que buscar con diligencia, preguntando. ¿Pero a quién? «Primero al maestro, o a quienes son más sabios (...) Además, no debes contentarte con preguntar a los presentes, sino también a los antiguos ausentes (...) Es más, no sólo no basta que les interrogues a ellos o también los escritos, sino que debes meditar reflexionando sobre las criaturas; porque se dice en el Si 1: «Dios derrama su sabiduría sobre todas sus obras». Así fue también la inquisición de santo Tomás, que preguntó a sus maestros presentes, como san Alberto; a los maestros antiguos, como los Padres de la Iglesia y los filósofos paganos,

como Aristóteles; y a las criaturas, buscando en ellas la verdad que es semejanza de Dios.

Y, en tercer lugar, sostiene que **la búsqueda de la sabiduría se consume cuando se medita llevando lo escuchado al corazón**, a semejanza de la Santísima Virgen que «conservaba todo esto en su corazón» (Lc 2, 51). Ella, siendo Madre de la Sabiduría, dice que se hizo alumna del Niño, pero atendiendo en Él no ya su Humanidad sino su Divinidad. Y también eso hizo santo Tomás, que no sólo se dedicó a adquirir la sabiduría natural, sino que aspiró a la sabiduría que es don del Espíritu Santo; aquella por la que alguien «es perfecto en las cosas divinas no sólo conociéndolas, sino también experimentándolas. Y esa compenetración o connaturalidad con las cosas divinas proviene de la caridad que nos une con Dios, conforme al testimonio del Apóstol en 1 Cor 6, 7: Quien se une a Dios, se hace un solo espíritu con Él». (S.Th. II-II, q.45, a.2 in c.). Por eso, sin esta unión con Cristo no es posible comprender la admirable doctrina de santo Tomás, también metafísica, esto es, su «especulación filosófica en unión vital con la fe» (*Fides et Ratio* n.76).

«Un lenguaje que habla de Dios»

La segunda vertiente de la vocación de santo Tomás como maestro es su servicio a los hombres, con «un lenguaje que habla de Dios». En el sermón recién mencionado, explica que la sabiduría adquirida hay que compartirla con otros: «También debe adquirir sabiduría el hombre compartiendo con otros. Por eso dice el Sabio en 7: La que aprendí sin engaño, y comunico sin envidia». Tal es el lema de la Orden de Predi-

cadores: «Llevar a los demás lo contemplado» (*Contemplata aliis tradere*) (S.Th. II-II, q.188, a.6 in c.).

¿Y cómo habló de Dios? **En primer lugar, con humildad**, consciente de que «de Dios no podemos saber qué es sino qué no es» (S.Th. I, q.3 pr.). Aunque ello no quita que podamos conocerlo según la medida de nuestro pobre entendimiento a partir de las criaturas, buscando en ellas la semejanza de su infinita perfección. Y, sobre todo, pidiendo humildemente a Dios la gracia para tener «una inteligencia que te co-

Santo Tomás, que no sólo se dedicó a adquirir la sabiduría natural, sino que aspiró a la sabiduría que es don del Espíritu Santo; aquella por la que alguien «es perfecto en las cosas divinas no sólo conociéndolas, sino también experimentándolas.

nozca, un amor que te busque, una sabiduría que te encuentre» (De la oración *Concede mihi*). Cuando fue promovido al grado de Maestro en Teología en la Universidad de París –que aceptó sólo por obediencia al Papa–, y no sabiendo sobre qué disertar, oró al Señor, y se le apareció un anciano venerable con hábito dominicano que le indicó el salmo que debía comentar: *Rigans montes de superioribus*. Y así lo hizo.

En segundo lugar, **habló de Dios con claridad**, imitando el modo en que Dios mismo se reveló, abajándose misericordiosamente para hacerse comprensible a los hombres: «Porque las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas –leemos en *Dei Verbum* 13– se han

hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres». También santo Tomás hizo suyo aquello de que «es más perfecto iluminar que lucir» (S.Th. II-II, q.188, a.6 in c.), y eso es lo que le movió a escribir, por ejemplo, la *Summa Theologiae*, ayudando a aquellos estudiantes en Roma que no tenían la formación de los de París: «El Doctor de la verdad católica tiene por misión no sólo ampliar y profundizar los conocimientos de los iniciados, sino también enseñar y poner las bases a los que son incipientes, según lo que dice el Apóstol en 1Cor 3,1-2: Como a párvulos en Cristo, os he dado por alimento leche para beber, no carne para masticar». Por esta claridad es posible descubrir en su doctrina, según Francisco Canals, «una síntesis tan armónica y coherente»; o, con palabras de Pío XII: «este conjunto de conocimientos no ha sido expuesto por ningún otro Doctor de un modo tan lúcido, tan claro y perfecto, ya se atiende a la recíproca concordancia de cada una de las partes, ya a su acuerdo con las verdades de la fe, y a la espléndidísima coherencia que con estas presentan, ni ninguno ha edificado con todos ellos una síntesis tan proporcionada y sólida, como santo Tomás de Aquino».

Y, **en tercer lugar, habló de Dios movido por la caridad al prójimo**, como se testimonió en el proceso de canonización: «Siempre estudiando, leyendo, o escribiendo para el bien de sus hermanos en Cristo». De ahí que afirme que «el enseñar se cuenta entre las limosnas espirituales» (Ver q.11, a.4 s.c.2). Son innumerables los ejemplos en su vida de esta *caritas in veritate*, pero citaremos sólo dos. El primero es de su



juventud, durante su formación en Colonia: un fraile se ofreció a fray Tomás para ayudarle a comprender la obra *De Divinis nominibus*, que comentaba el maestro Alberto, pero poco tardó en reconocer que era él el que necesitaba ser instruido por Tomás, quien accedió a explicarle el admirable tratado del *Pseudo Dionisio* acerca de los nombres divinos, no sin rogarle antes que no se lo dijese a nadie. Y el segundo es poco antes de morir, cuando comentó el Cantar de los cantares a los monjes cistercienses de la Abadía de Fossanova, a pesar de tener tan mermadas sus fuerzas.

La confirmación más clara del lenguaje de santo Tomás de Aquino acerca de Dios es el que ya hemos mencionado anteriormente: según testimonio de fray Domingo de Caserta, Jesucristo se manifestó a fray Tomás desde el crucifijo en el convento de Nápoles diciéndole: «Tomás, has escrito bien de mí».

«Id a Tomás»

En todo lo dicho hallamos en santo Tomás un fiel hijo de santo Domingo de Guzmán, quien

«hablaba con Dios o hablaba de Dios». Imitando también él el ejemplo de la vida de su santo fundador es como hay que comprender su vida y su enseñanza.

Por consiguiente, la celebración del aniversario de la canonización del Doctor Común de la Iglesia nos debiera mover a ir a Tomás, según la exhortación que hiciera en la encíclica *Studiorum Ducem* el papa Pío XI con ocasión del VI centenario: «Pues bien, así como en otros tiempos se dijo a los egipcios en extrema escasez de víveres: Id a José, a que él les proveyese del trigo que necesitaban para alimentarse, así a todos cuantos ahora sientan hambre de verdad, Nos les decimos: **Id a Tomás, a pedirle el alimento de sana doctrina, de que él tiene opulencia para la vida sempiterna de las almas**».

Leamos, estudiemos y meditemos, pues, el lenguaje con el que santo Tomás de Aquino nos habla de Dios, para que también nosotros nos veamos movidos a tener como deber principal de nuestra vida consagrarnos a la Sabiduría del Corazón de Cristo, y así podamos sentir como Tomás el palpar de este Corazón divino y humano.

«A tí solo, Señor»

Y dónde se encontró claro que en el Doctor Angélico este llamado por Pablo lenguaje de la sabiduría, siendo así que a él no le bastó instruir la mente de los hombres, sino que con todo ahínco procuró excitar sus voluntades al amor del gran Amor, que es la causa de todas las cosas? «El amor de Dios es el que infunde y crea la bondad en las cosas», afirma él con frase sublime, y, tratando de los misterios uno a uno, no se cansa nunca de ilustrar esta difusión de la divina bondad. «Es propio, dice, de la naturaleza del Sumo Bien comunicarse a sí mismo en sumo grado; y esto lo ha hecho Dios máxime en la Encarnación». Y nada demuestra tan claramente este poder, no menos de su ingenio que de su caridad, como el oficio que compuso del augusto Sacramento; y cuánto amor tuvo él en toda su vida a la Eucaristía. Lo declaró con las palabras que profirió al morir, antes de recibir el Santo Viático: Ya te recibo, precio de la redención de mi alma, por amor del cual estudié, no dormí y trabajé.

Pío XI, *Studiorum ducem* (1923)

Los poetas cantan la Eucaristía



El triunfo de la Eucaristía, Esteban Murillo (s. XVII)

El género humano tiene
 contra las fieras del mundo,
 por más que horribles le cerquen,
 su libertad afianzada,
 como a sustentarse llegue
 de aquel Pan y de aquel Vino,
 de quien hoy es sombra éste...

Nadie desconfíe.
 Nadie desespere.
 Que con este Pan y este Vino
 las llamas se apagan,
 las fieras se vencen,
 las penas se abrevian,
 las culpas se absuelven.

Calderón de la Barca (1600-1681),
 «Manjar de los fuertes»

Si en pan tan soberano,
 se recibe al que mide cielo y tierra;
 si el Verbo, la Verdad, la Luz, la Vida
 en este pan se encierra;
 si Aquel por cuya mano
 se rige el cielo, es el que convida
 con tan dulce comida
 en tan alegre día.
 ¡Oh cosa maravillosa!
 Convite y quien convida es una cosa,
 alégrate, alma mía,
 pues tienes en el suelo
 tan blanco y tan lindo pan como en el cielo”.

Miguel de Cervantes (1547-1616),
 «Alégrate alma mía».

Contemplación Ignaciana

Esteban López Larrachea hnssc

Es importante subrayar el carácter sobrenatural de los Ejercicios, mostrando que la eficacia de los mismos, es decir, el fin último que se quiere alcanzar, no se espera tanto del esfuerzo del hombre por elegir o por disponerse a orar, sino más bien de la obra que Dios realiza en mí a través de la acción de sus dones, los cuales van configurando nuestra vida por la caridad.

LOS ejercicios espirituales de san Ignacio, como carisma de la Iglesia, han contribuido de forma notoria y universal a la santificación de los fieles. En ellos se descubre una profunda pedagogía espiritual, que encamina al hombre hacia el fin para el que Dios le ha creado. La meta de los Ejercicios es que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones se ordenen al cumplimiento de nuestro fin, la salvación del alma, realizando todo para mayor servicio y alabanza de su divina Majestad. Como el fin que se pretende es de orden sobrenatural, únicamente el orden que impone la caridad en el alma es proporcionado para esta meta. Los Ejercicios buscarán, por tanto, enraizar la caridad en todas las dimensiones del hombre, para que ésta llegue a su perfección, y así el hombre alcance la perfección de la vida cristiana¹. Se podría decir por tanto

que el fin primordial de los ejercicios es alcanzar la «santidad incoada», la perfección integral de la persona estructurada desde la caridad.

Para alcanzar esto, el medio principal que san Ignacio nos presenta es el de la oración de contemplación. Veamos algunos elementos propios de la contemplación ignaciana.

Meditación y contemplación

Primero hay que notar que no todos los ejercicios que propone san Ignacio son contemplaciones. En la primera semana, por ejemplo, comienza hablándonos de «meditación» de los primeros pecados, donde nos enseña a rezar aplicando las facultades del alma: memoria, entendimiento y voluntad. En cambio, al presentarnos la Encarnación, pretende introducirnos en la escena de una manera distinta: mirar, oír, ver que hacen.

1 P. RAMÓN ORLANDIS, «El orden de la vida y la elección», en *Manresa*

45 (1936), 33-34



Propiamente lo que distingue la meditación de la contemplación es el modo de enfrentarnos a la «materia propuesta». La meditación se caracteriza por realizar actos intelectuales de tipo discursivo. Es decir, bajo la luz de la fe, voy razonando y

El objeto de las contemplaciones ignacianas son siempre la humanidad de Cristo.

pensando, pasando de una idea a la otra, y por el trabajo realizado voy comprendiendo con mayor profundidad las verdades de la fe y de la vida cristiana, y luego muevo mi voluntad para adherirme a eso que comprendo en la oración.

La contemplación, en cambio, es una mirada simple de la realidad, movida por el amor. No avanza de idea en idea, sino que al alcanzar

su objeto aquieta el entendimiento para que goce de aquella verdad. Es un acto del entendimiento de tipo intuitivo, que penetra en la verdad sin discurrir, a modo de vista clara y sencilla. También cabe destacar que el acto contemplativo, aunque es un acto de conocimiento, y por tanto del entendimiento, nace bajo el influjo del amor que mueve al entendimiento a unirse y penetrar aquello que considera.

A quién se mira

El objeto de las contemplaciones ignacianas son siempre la humanidad de Cristo. Se nos invita a mirar a Jesús, contemplar su vida para profundizar en el misterio que allí se esconde. Incluso en las meditaciones de la primera semana, donde se nos lleva a considerar los pecados, luego se nos hace levantar la mirada a la Cruz de Cristo, para tener con Él un coloquio de misericordia.

Esta característica del modo ignaciano está en profunda sintonía con la economía de la salvación, porque la humanidad de Cristo es el medio por el cual Dios se revela a sí mismo, para que «conociendo visiblemente a Cristo por eso seamos arrebatados al amor de lo invisible»². Dios nos habla en un lenguaje humano, y a través de sus obras y palabras se manifiesta a los hombres. Por eso considerar y contemplar los misterios de la vida de Cristo es el medio adecuado para llegar al conocimiento del Dios vivo.

«Modo ignaciano»

Otra característica del modo ignaciano es que se considera el mismo hecho de contemplar como medio proporcionado para obrar la transformación interior. Esto se explica porque la contemplación no solo es

² Misal Romano, prefacio I de Navidad.

una gracia iluminativa, sino también performativa. No solo ilustra el entendimiento, sino que transforma internamente. Esto se debe a que la contemplación procede del contacto con Dios obrado por la caridad. El acto de contemplar se realiza por la virtud de la fe perfeccionada por los dones del Espíritu Santo, pero el objeto a contemplar, que es la misma verdad divina, no se alcanza si antes Él no se hace presente y se da a conocer al alma uniéndose a ella.³

Esto en los Ejercicios se expresa con la petición de la segunda semana, cuando se pide «conocimiento interno de Cristo para que más le ame y le siga». Es decir, que Dios se comuniquen y se haga presente en el alma por la unión de la caridad, y así, el entendimiento elevado por los dones del Espíritu conozca internamente a ese Dios que se le da a sentir y gustar. Y que, como efecto de esa «noticia amorosa», el Espíritu Santo me transforme internamente y me asimile a Cristo por la caridad, causando en mí aquella misma disposición interior que movía a Cristo a obrar, para que le siga y viva como Él vivió.

Aplicación a la vida cristiana

San Ignacio finaliza los Ejercicios con la «contemplación para alcanzar amor», que está orientada a descubrir la presencia de Dios vivo

³ Cf. M^a EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Quiero ver a Dios* (Burgos 2016)474-475;

en toda la realidad. Pretende que esa contemplación alcanzada, ese conocimiento íntimo del Señor no solo se dé en el recogimiento, sino fuera de él⁴, para que, descubriendo en toda la realidad el amor del Señor, toda nuestra vida y nuestro obrar sea una respuesta a su Amor. Son, por ello, los Ejercicios una invitación a amar y servir en todo al Señor, pero que también nos enseña el modo como hemos de realizar esta acción de amor en su servicio.

Con las contemplaciones de los Ejercicios se adquiere una cierta experiencia interior del modo por el cual la gracia actúa en nosotros, que nos servirá de modelo y prisma para comprender toda la acción de Dios en la vida del hombre.

Con las contemplaciones de los Ejercicios se adquiere una cierta experiencia interior del modo por el cual la gracia actúa en nosotros, que nos servirá de modelo y prisma para comprender toda la acción de Dios en la vida del hombre. En el contacto con Dios en la oración vemos que la gracia actúa e ilumina gratuitamente al alma, aunque se sirve de la colaboración del hombre, el cual se dispone a orar con la ayuda de las adiciones, de los puntos a meditar, de la composición de lugar, etc. El hombre se

⁴ JOSÉ CALVERAS, *La oración mental ignaciana*, (Barcelona 1951) 62-66

dispone, Dios actúa, pero esto nunca nos lleva a afirmar que nuestras acciones causan el encuentro con Dios, ni su gracia iluminativa, porque se palpa la desproporción entre lo que nosotros hacemos y la profundidad de lo que Dios obra. En cierto modo, la experiencia interior adquirida en los Ejercicios y sus contemplaciones nos da una luz para comprender el modo de cooperar con la gracia y nos guían para que entendamos mejor nuestra colaboración y participación como instrumentos de la obra redentora de Cristo⁵.

Por este motivo es tan importante subrayar el carácter sobrenatural de los Ejercicios⁶, mostrando que la eficacia de los mismos, es decir, el fin último que se quiere alcanzar, no se espera tanto del esfuerzo del hombre por elegir o por disponerse a orar, sino más bien de la obra que Dios realiza en mí a través de la acción de sus dones, los cuales van configurando nuestra vida por la caridad, para que siguiendo a Cristo y viviendo con Él, el hombre «pueda en todo amar y servir a su divina Majestad».⁷

⁵ Cf. RAMÓN ORLANDIS, «El sentido de Cruzada en Íñigo de Loyola», IV, en *Cristiandad* 150 (1950), 278

⁶ Ídem, «De la sobrenaturalidad de la vida en los Ejercicios», artículo primero, en *Manresa* 44 (1936), 97-125; Ídem., «De la sobrenaturalidad de la vida en los Ejercicios», artículo segundo, en *Manresa* 47 (1936), 93-223

⁷ *Ejercicios espirituales*, 230.





Año de la oración

Necesidad de la oración

San Alfonso M^a de Liguorio

En vísperas del Año Jubilar de 2025, el papa Francisco ha hecho un llamamiento para que 2024 sea el Año de la oración. «Me alegra pensar que el año 2024, que precede al acontecimiento del Jubileo, pueda dedicarse a una gran “sinfonía” de oración; ante todo, para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo». Respondiendo a la llamada del Santo Padre, Cristiandad inaugura esta nueva sección dedicada a la oración para este año 2024. Esperemos que a lo largo de este Año de Oración nos esforcemos por elevar nuestros corazones y mentes a Dios en preparación para la celebración del gran Año Jubilar.

EN grave error incurrieron los pelagianos al afirmar que la oración no es necesaria para alcanzar la salvación. Afirmaba su impío maestro, Pelagio, que sólo se condena el hombre que es negligente en conocer las verdades que es necesario saber para la vida eterna. Mas el gran san Agustín salióle al paso con estas palabras: «Cosa extraña: de todo quiere hablar Pelagio menos de la oración, la cual sin embargo (así escribía y enseñaba el santo) es el único camino para adquirir la ciencia de los santos, como claramente lo escribía el apóstol Santiago: Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría pídasela a Dios, que a todos la da copiosamente y le será otorgada».

Nada más claro que el lenguaje de las Sagradas Escrituras, cuando quieren demostramos la necesidad que de la oración tenemos para salvarnos... Es menester orar siempre y no des-

mayar.. Vigila y ora para no caer en la tentación. Pide y se os dará... Está bien claro que las palabras: Es menester... ora... pide significan y entrañan un precepto y grave necesidad. Así cabalmente lo entienden los teólogos. Pretendía el impío Wicleff que estos textos sólo significaban la necesidad de buenas obras, y no de la oración; y era porque, según su errado entender, orar no es otra cosa que obrar bien. Fue este un error que expresamente condenó la santa Iglesia. De aquí que pudo escribir el doctor Leonardo Lessio: «No se puede negar la necesidad de la oración a los adultos para salvarse sin pecar contra la fe, pues es doctrina evidentísima de las Sagradas Escrituras que la oración es el único medio para conseguir las ayudas divinas necesarias para la salvación eterna.

La razón de esto es clarísima. Sin el socorro de la divina gracia no po-



San Alfonso María de Liguorio (1726-1762)

demos hacer bien alguno: «Sin mí nada podéis hacer», dice Jesucristo. Sobre estas cosas escribe acertadamente san Agustín y advierte que no dice el Señor que nada podemos terminar, sino que nada podemos hacer. Con ello nos quiso dar a entender nuestro Salvador que sin su gracia no podemos realizar el bien. Y el Apóstol parece que va más allá, pues escribe que sin la oración ni siquiera podemos tener el deseo de hacerlo. Por lo que podemos sacar esta lógica consecuencia: que si ni siquiera podemos pensar en el bien, tampoco podemos desearlo... Y lo mismo testifican otros muchos pasajes de la Sagrada Escritura. Recordemos algunos, Dios obra todas las cosas en nosotros... «Yo haré que caminéis por la senda de mis mandamientos y guardéis mis leyes y obréis según ellas». De aquí concluye san León papa que nosotros no podemos hacer más obras buenas que aquellas que Dios nos ayuda a hacer con su gracia.

Así lo declaró solemnemente el Concilio de Trento, «Si alguno dijere que el hombre sin la preveniente inspiración del Espíritu Santo y sin

su ayuda puede creer, esperar, amar y arrepentirse como es debido para que se le confiera la gracia de la justificación, sea anatema».

A este propósito hace un sabio escritor esta ingeniosa observación: «A unos animales dio el Creador patas ágiles para correr, a otros garras, a otros plumas, y esto para que puedan atender a la conservación de su ser... pero al hombre lo hizo el Señor de tal manera que Él mismo quiere ser toda su fortaleza. Por esto decimos que el hombre por sí solo es completamente incapaz de alcanzar la salvación eterna, porque dispuso el Señor que cuanto tiene y pueda tener, todo lo tenga con la ayuda de su gracia.

Y apresurémonos a decir que esta ayuda de la gracia, según su Providencia ordinaria, no la concede el Señor, sino a aquel que reza, como lo afirma la célebre sentencia de Genadio: «Firmemente creemos que nadie desea llegar a la salvación si no es llamado por Dios... que nadie camina hacia ella sin el auxilio de Dios... que nadie merece ese auxilio, sino el que se lo pide a Dios».

Pues si tenemos, por una parte, que nada podemos sin el socorro de Dios y por otra que ese socorro no lo da ordinariamente el Señor sino al que reza ¿quién no ve que de aquí fluye naturalmente la consecuencia de que la oración es absolutamente necesaria para la salvación? Verdad es que las gracias primeras, como la vocación a la fe y la penitencia las tenemos sin ninguna cooperación nuestra, según san Agustín, el cual afirma claramente que las da el Señor aun a los que no rezan. Pero el mismo doctor sostiene como cierto que **las otras gracias, sobre todo el don de la perseverancia, no se conceden sino a los que rezan.**

De aquí que los teólogos con san Basilio, san Juan Crisóstomo, Clemente Alejandrino y otros muchos, entre los cuales se halla san Agustín, sostienen comúnmente que la oración es necesaria a los adultos y no tan sólo necesaria como necesidad de precepto, como dicen las escuelas, sino como necesidad de medio. Lo cual quiere decir que, según la Providencia ordinaria de Dios, ningún cristiano puede salvarse sin en-

comendarse a Dios pidiéndole las gracias necesarias para su salvación. Y lo mismo sostiene **santo Tomás** con estas graves palabras: «Después del Bautismo le es necesaria al hombre continua oración, pues si es verdad que por el bautismo se borran todos los pecados, no lo es menos que queda la inclinación desordenada al pecado en las entrañas del alma y que por fuera el mundo y el demonio nos persiguen a todas horas».

He aquí como el Angélico Doctor demuestra en pocas palabras la necesidad que tenemos de la oración. Nosotros, dice, para salvarnos tenemos que luchar y vencer, según aquello de san Pablo: El que combate en los juegos públicos no es coronado, si no combatiere según las leyes. Sin la gracia de Dios no podemos resistir a muchos y poderosos enemigos... Y como esta gracia sólo se da a los que rezan, por tanto sin oración no hay victoria, no hay salvación.

Que la oración sea el único medio ordinario para alcanzar los dones divinos lo afirma claramente el mismo

Confesemos que somos mendigos y que todos los dones de Dios son pura limosna de su misericordia.

santo Doctor en otro lugar, donde dice que el Señor ha ordenado que las gracias que desde toda la eternidad ha determinado concedernos nos las ha de dar sólo por medio de la oración. Y confirma lo mismo **san Gregorio** con estas palabras: «Rezando alcanzan los hombres las gracias que Dios determinó concederles antes de todos los siglos». Y **santo Tomás** sale al paso de una objeción con esta sentencia: No es necesario rezar para que Dios conozca nuestras

necesidades, sino más bien para que nosotros lleguemos a convencernos de la necesidad que tenemos de acudir a Dios para alcanzar los medios convenientes para nuestra salvación y por este camino reconocerle a Él como autor único de todos nuestros



bienes. Digámoslo con las mismas palabras del santo Doctor. «Por medio de la oración acabamos de comprender que tenemos que acudir al socorro divino y confesar paladinamente que Él solo es el dador de todos nuestros bienes».

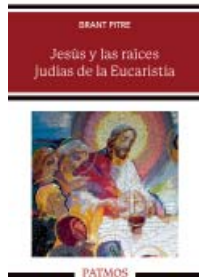
A la manera que quiso el Señor que sembrando trigo tuviéramos pan y plantando vides tuviéramos vino, así quiso también que sólo por medio de la oración tuviéramos las gracias necesarias para la vida eterna. Son sus divinas palabras; «Pedid.. y se os dará... Buscad y hallaréis».

Confesemos que somos mendigos y que todos los dones de Dios son pura limosna de su misericordia. Así lo confesaba David: «Yo mendigo soy y pobrecito». Lo mismo repite **san Agustín**: «Quiere el Señor concedernos sus gracias, pero sólo las da a aquel que se las pide. Y

vuelve a insistir el Señor: Pedid y se os dará... » Y concluye santa Teresa: «Luego el que no pide, no recibe... ». Lo mismo demuestra **san Juan Crisóstomo** con esta comparación: A la manera que la lluvia es necesaria a las plantas para desarrollarse y no

morir, así nos es necesaria la oración para lograr la vida eterna. Y en otro lugar trae otra comparación el mismo Santo: Así como el cuerpo no puede vivir sin alma, de la misma manera el alma sin oración está muerta y corrompida. Dice que está corrompida y que despidе hedоr de tumba, porque aquel que deja de rezar bien pronto queda corrompido por multitud de pecados. Llámase también a la oración alimento del alma porque si es verdad que sin alimento no puede sostenerse la vida del cuerpo, no lo es menos que sin oración no puede el alma conservar la vida de la gracia. Así escribe **san Agustín**.

Todas estas comparaciones de los santos vienen a demostrar la misma verdad: la necesidad absoluta que tenemos de la oración para alcanzar la salvación eterna.



Orientaciones bibliográficas

Oscar Arnanz Pulido, hnscc

Pitre, Brandt, *Jesús y las raíces judías de la Eucaristía*, Patmos espiritualidad (2022)

EN estas páginas trataré de demostrar que las palabras de Jesús deben tomarse al pie de la letra. Como la mayoría de los cristianos a lo largo de la historia, creo que Jesús nos enseñó que está presente, de verdad en la Eucaristía¹.

En el primer capítulo del libro, ya el autor está indicando qué nos va a querer demostrar a lo largo de la obra, pero no con un fin meramente apologetico frente un cristianismo protestante o modernista, sino para comprender, de un modo más profundo, todo lo que viene en las Sagradas Escrituras en lo referente a la Eucaristía. **Brant Pitre** se aproxima al contexto judío del siglo primero para poder profundizar en el sentido literal del texto. Para ello, usa de las tradiciones, esperanzas, escritos o interpretaciones bíblicas que se hacían en la época. Todas ellas las podemos encontrar, por ejemplo, en los manuscritos del Mar Muerto, en el Talmud² o la Misná³, entre otros.

Con esto, no se quiere decir que solo conociendo dicho contexto uno pueda conocer realmente lo que Cris-

to quiso decir, no hay que olvidar que el Evangelio está escrito para todas las gentes y todos los pueblos, pero así se pueden entender mejor las palabras del Señor. Es evidente que el Evangelio trae una originalidad propia, pero un judío como podían ser los apóstoles, podían entender que en la Última Cena estuviese ocurriendo algo nuevo a la vez que se celebraba algo viejo.

Para introducirnos en este mundo, comenzamos estudiando las esperanzas que podía tener un judío cualquiera sobre el Mesías. Contra la opinión mayoritaria de que el pueblo judío esperaba un Mesías militar que les liberase del poder romano, encontramos que, aunque esta opinión existía, se daba solo en ciertas clases judías y no era tan mayoritaria. **El Mesías debía ser un nuevo Moisés, cumpliéndose así la promesa hecha por Dios en el desierto: «yo le suscitaré, de en medio de tus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y Él les dirá todo lo que yo le mande» (Dt 18, 18). De ahí que el Mesías debía liberar, pero también mandar maná del cielo, sellar una nueva Alianza, construir un nuevo Tabernáculo (lugar dónde se encontraba el Arca de la Alianza hasta la construcción del Templo de Jerusalén) y llevar al pueblo hasta una nueva tierra prometida.**

1 B. PITRE, *Jesús y las raíces judías de la Eucaristía*, (Madrid 2022) 31.

2 Recopilación de tradiciones rabínicas entre el año 220 y el 500 d. C.

3 Colección de tradiciones rabínicas entre los años 50 y 200 d. C.

Una vez desarrolladas las esperanzas mesiánicas, nuestro autor pasa a explicar diferentes realidades del Evangelio que aparecen como culminación de las profecías y que nos hablan de Cristo como ese Mesías esperado.

En primer lugar, encontramos la **nueva Pascua**. La Pascua era la fiesta judía que conmemoraba el paso de la esclavitud en Egipto a la libertad, la cual se desarrolló de un modo muy concreto. Se hubo de tomar un cordero sin defecto, sacrificarlo, impregnar las jambas de las puertas con su sangre, comer la carne del cordero y guardar ese día como un día de conmemoración. En tiempos de Jesús, se seguía celebrando dicha fiesta y, para ello, se sacrificaba en el templo al cordero atado a dos palos como si estuviese crucificado. En Cristo se cumple todo lo dicho cuando celebra la nueva Pascua la noche en que iba a ser entregado. Él es el «Cordero de Dios» que no cometió ningún pecado, es decir, que no tiene ningún defecto, comemos su cuerpo y pintamos las jambas de nuestro cuerpo, o sea, los labios, con su sangre. Aunque en la Última Cena, Jesús no es sacrificado, sino al día siguiente en el Calvario, nuestro autor explicará en uno de los últimos capítulos cómo la Última Cena está unida al sacrificio en la cruz como un único rito, que es así como lo vivimos cada día en la celebración de la Eucaristía.

La siguiente realidad es el **maná**. Es de sobra conocido que el maná fue el pan enviado por Dios al pueblo de Israel durante su travesía por el desierto. Dicho pan lo consumían a diario y tenían guardado un reservorio en el Tabernáculo para que los descendientes viesan con qué los alimentó Dios. Había la idea de que el maná era anterior a la caída de Adán y Eva, un alimento que se encontraba en el templo celestial para alimentar

al pueblo y que volvería a alimentarlos a la llegada del Mesías.

Jesús, como Mesías, viene a traernos un nuevo maná. En primer lugar, nos invita en el padrenuestro a pedir por el pan de cada día, pero la palabra griega detrás de «cada día» puede traducirse por «super-substancial», interpretación que ya había recogido san Jerónimo, y se

Él es «el pan vivo bajado del cielo». Se identifican, de este modo, el cuerpo y la sangre del Señor con la Eucaristía, que es el nuevo maná.

referiría a un pan que se encuentra por encima de toda sustancia. Esto hay que unirlo al sermón de Cafarnaúm donde el Señor habla explícitamente de comer su cuerpo y beber su sangre y que Él es «el pan vivo bajado del cielo». Se identifican, de este modo, el cuerpo y la sangre del Señor con la Eucaristía, que es el nuevo maná.

Una tercera realidad que trata Pitre en este libro es el **Pan de la Presencia**. Seguramente que el Pan de la Proposición (o de la Presencia) es lo que menos se ha oído hablar, pero es bastante asombroso lo iluminador que puede ser para profundizar en la Eucaristía. Cuando Dios manda a Moisés construir el Tabernáculo, ordena colocar una mesa donde los sacerdotes debían ofrecer pan cada sábado y que solo podía ser comido por los sacerdotes. Este pan representaba una cierta presencia de Dios y fue el mismo que comió el rey David al huir de Saúl.

En el siglo I, encontramos la costumbre de que, en las tres fiestas de

peregrinación a Jerusalén, a saber, la Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos, los sacerdotes mostraban a los peregrinos el Pan de la Presencia y decían: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre». Bastante significativo si, además, leemos el mandato del Señor en el Éxodo: «Tres veces al año todos tus varones verán el rostro de Yahvé, el Señor, el Dios de Israel» (Ex 34, 23), haciéndonos ver cómo representaba dicho pan el rostro de Dios. Vemos un paralelismo entre el Pan de la Presencia y la institución de la Eucaristía, ya que Cristo escogió el pan para la celebración de la Eucaristía y, bajo la forma de pan, encontramos el Cuerpo de Cristo, la verdadera presencia de Dios.

Después de explicar estas tres realidades, pasamos a un capítulo donde podemos ver cómo la **Última Cena y el Calvario fueron un único acontecimiento y no dos cosas separadas**. En la cena de Pascua en tiempos de Jesús se bebían cuatro copas. Por san Lucas, sabemos que la copa de la Eucaristía era la tercera, pero no leemos cuándo es tomada la cuarta copa. Según Pitre, opinión que comparte con Scott Hahn y que podemos leer en su libro *La cuarta copa*, la cuarta copa es tomada en el Calvario al beber el vinagre, que no deja de ser vino agrio. Si la Pascua terminaba al beber la cuarta copa, la Última Cena termina cuando Cristo está ya crucificado y bebe el vinagre. No olvidemos que una vez bebido, escuchamos de sus labios «todo está cumplido».

En definitiva, *Jesús y las raíces judías de la Eucaristía* es un libro que, por experiencia y habiéndolo hablado con más gente, ayuda a profundizar en el misterio del Señor. Que realmente en Cristo se cumplen las profecías y cómo nos salva dándonos a comer su Cuerpo y su Sangre que fueron entregados en la Cruz.



Hemos leído

Aldobrando Vals

Las dos razones por las que los estados totalitarios detestan a la Iglesia

Aleteia

Robert McTeigue, SJ escribe en *Aleteia* una acertada explicación de un fenómeno muy evidente:

HAY un enemigo relativamente nuevo del cristianismo que es hijo de algunos errores y pecados antiguos. Desde la fundación de la Iglesia, los cristianos han sufrido a manos de todo tipo de tiranos, déspotas y megalómanos. Sin embargo, durante el siglo xx surgió una nueva forma de brutalidad: el totalitarismo. Otros tipos de regímenes han matado y masacrado en grandes cantidades, ¡ay! Sólo los regímenes totalitarios intentan controlarlo todo. La cultura, la lengua, el comportamiento, la religión, la economía, la educación, la familia, la concepción, el nacimiento, la vida y la muerte: todo sometido a los dictados del Estado absoluto. Un Estado así no sólo puede encarcelar o matar, también puede borrar. Puede «desaparecer» a una persona de su hogar y luego hacer que todo el mundo reconozca que esa persona nunca había existido. Ninguna esfera de la vida humana, ningún acontecimiento humano, queda fuera del alcance del Estado totalitario.

Se crea así una sociedad embrutecida y deshumanizada que depende para su subsistencia del aislamiento, el miedo, la desesperación y la dependencia. La resistencia, la independencia y la reciprocidad quedan excluidas. Un contexto así fomenta un odio particular hacia la Iglesia católica y su civilización. ¿Por qué?

Los totalitarios saben, al menos intuitivamente, que la Iglesia católica ofrece antídotos eficaces contra el veneno del totalitarismo.

En primer lugar, la Iglesia ofrece hermandad. La Iglesia ofrece vínculos de caridad, justicia, misericordia, compasión, unidad, identidad y dignidad que el Estado absoluto no puede tolerar. La Iglesia, en su vida comunitaria diaria, nos recuerda a todos que cada persona es única y preciosa y que todas las personas son valiosas a los ojos de Dios. La Iglesia fomenta un amor al prójimo que el Estado absoluto no puede permitir, ya que el amor y la reciprocidad son incompatibles con el aislamiento y la dependencia totales que dicho Estado fomenta y prescribe.

El segundo antídoto es una amenaza aún mayor para el Estado absoluto y es el culto a Dios. El verdadero culto representa una actividad de mínima utilidad y máximo valor. Dar culto parece que externamente no haga nada; no está diseñado para obtener ningún poder. Pero tiene el mayor valor, también social, porque muestra que el alma humana alcanza

más allá de este mundo, señalando e invocando a realidades que el mundo no puede contener y que ni siquiera un Estado totalitario puede controlar.

El culto a Dios proclama un amor y un amado que el mundo no puede igualar, contener, controlar, sustituir ni arrebatarse. El culto religioso implica una respuesta de los individuos y de las comunidades humanas a una iniciativa que procede de Dios y no del Estado. Es una respuesta a un mandato celestial y no a un imperativo terrenal. Los totalitarios odian a la Iglesia porque su culto relativiza el Estado: el culto religioso pone a cualquier Estado civil en su lugar y rechaza las pretensiones absolutas del Estado totalitario.

El culto, divinamente originado y divinamente orientado, resiste la pretensión del Estado absoluto de definir y borrar. Los católicos saben que el culto, especialmente el Santo Sacrificio de la Misa, fue confiado a la Iglesia por Cristo. Esa misma Misa se ha transmitido a través de distancias y milenios, por todo el mundo, mediante el heroísmo y el celo de apóstoles, mártires, místicos, guerreros, poetas, artistas, familias y monasterios. El culto católico se niega a olvidar el pasado porque éste es el vínculo con el futuro. En otras palabras, los santos que nos precedieron en el tiempo rindiendo culto nos invitan desde nuestro futuro a seguir sus pasos. Los santos del pasado son ahora el pueblo del Cielo, nuestro único hogar verdadero, donde ya nuestro Padre nos ha preparado un banquete. Ellos nos llaman, pidiéndonos que llevemos con nosotros toda nuestra herencia. La hermandad cristiana y el culto católico son los elementos indispensables para curar las viejas y nuevas enfermedades de nuestro mundo caído».

Matrimonio, el contrato que renueva el mundo

EL DEBATE

eldebate.com



Elio Gallego aborda en El Debate un tema recurrente pero que no debemos dejar de explicar, precisamente en nuestros días: la centralidad e importancia de la familia:

«Edificada sobre la paternidad y la maternidad del hombre y la mujer, la familia es el ámbito humano por excelencia, la matriz generadora de la humanidad del hombre. El nudo existencial de todo ser humano se fragua en el ámbito familiar, pues en él concurren tanto la aportación genética de cada uno de los padres como las primeras e indelebles impresiones dejadas por el encuentro del niño con su mundo más primigenio y propio. La familia se constituye de este modo en la fuente nutricia de la que nacerán los rasgos configuradores del carácter de los hijos, y que acompañarán el devenir de cada hombre o mujer hasta el final de sus días. La trabazón que sustenta este espacio vital que es la familia es el compromiso adquirido por el varón con la mujer llamada a ser la madre de sus hijos. ¿Qué mueve a hombres y mujeres a este compromiso para formar familias, unirse y tener hijos? Una primera respuesta puede ser sin duda su naturaleza. El hombre es antes animal conyugal que animal social, observaba santo Tomás de Aquino. Pero la fuerza unitiva de esta conyugalidad entre hombre y mujer se corresponde con una dimensión básica de lo humano que, a su vez, ha sido experimentada y alimentada en el seno de una fami-

lia, y esta dimensión es la que viene dada por una entrega que se recibe y acoge bajo la forma de la gratuidad. Dimensión de entrega desinteresada de lo que hay de más íntimo y personal que bien puede llamarse amor.

Maternidad y matrimonio son términos que participan de una misma raíz y contenido, al igual que padre y patrimonio. Quien separa maternidad y matrimonio corrompe y desvirtúa lo uno y lo otro. Pues sucede que, con la maternidad no matrimonial, se ha perdido una dimensión esencial de la misma, que es la de verse acompañada y sostenida por aquél por quien la maternidad ha sido posible. A su vez, cuando un matrimonio se desvincula voluntariamente de la maternidad asume en sí mismo una esterilidad que no puede si no afectar a la misma salud del vínculo, que queda reseco y marchito en su raíz.

¿En qué sentido puede afirmarse, de acuerdo con el aforismo latino, que familia, *id est patrimonium*? Si por patrimonio se entiende la unidad compacta de los hábitos y bienes, tangibles e intangibles, que conforman la economía propia de un grupo familiar, la definición no puede ser más acertada. Así pues, antes que progenitor, la figura del *pater familias* se constituye simbólicamente como principio y custodio de dicho patrimonio. Patrimonio conservado para ser a su vez transmitido a la siguiente generación, adquiriendo de este modo esa nueva generación la condición de heredera y, por tanto, de legítima.

Pero frente a esta intención conservadora se yergue una Revolución que se ve a sí misma llamada a «reformar por completo un pueblo al que se desea hacer libre, destruir sus prejuicios, modificar sus hábitos, limitar sus necesidades, des-

arraigar sus vicios, purificar sus deseos», según la elocuente declaración del Comité de Salud Pública de 1792. Y este proceso de destrucción de prejuicios acerca del matrimonio ha llegado hasta el presente. Primero se eliminó de la definición romana de matrimonio el elemento sagrado, esto es, la comunicación de derecho divino, para dejar un matrimonio desnaturalizado reducido a mero contrato civil. Continuó el proceso con la supresión de su condición de para toda la vida con la introducción del divorcio en las legislaciones; culminando, finalmente, este proceso con la eliminación del rasgo más arquetípico y fundamental de las *justas nuptiae*, la de ser una unión entre hombre y mujer. ¿Cabe pensar en un triunfo más completo de la Revolución?

Esta deconstrucción sistemática del matrimonio no habría sorprendido a Edmund Burke, aunque, con toda probabilidad, no habría imaginado lo lejos a lo que se ha llegado. «Todas sus nuevas instituciones (y con ellos todo es nuevo) –escribe– atacan las raíces de nuestra naturaleza social. Otros legisladores, conociendo que el matrimonio es el origen de todas las relaciones sociales y, consecuentemente, el primer fundamento de todos los deberes, trataron por todos los medios a su alcance de dotarlo de un carácter sagrado. La religión cristiana, limitando sus fatigas y haciendo de él una relación indisoluble, ha hecho por medio de estas dos cosas, más por la paz, felicidad, firmeza y civilización del mundo que por cualquier otro medio que la divina Sabiduría haya previsto». En sentido diametralmente opuesto procedieron los revolucionarios en 1789, quienes «emplearon el mismo o mayor empeño por desacralizar y degradar el matrimo-

nio, al que otros legisladores habían acostumbrado a llenarlo de santidad y honorabilidad. Por una extraña e inusitada declaración, proclamaron que el matrimonio no era mejor que un vulgar contrato civil... Como si el contrato que renueva el mundo careciese por completo de derecho».

¿Por qué este desprecio radical del contrato que renueva el mundo? La explicación, a nuestro juicio, tiene que ser buscada en la idea misma de libertad, en su naturaleza y alcance. La libertad, el primero y más bello de los ideales enarbolados por la Revolución. Porque ¿de qué libertad se trata?, ¿de una libertad social o de una libertad individualista? Pues la diferencia entre una y otra es abismal. Por ejemplo, ¿existe la libertad para entregarse a otro para siempre e incondicionalmente? O, más bien, ¿la libertad consiste en el derecho a un poder de autodeterminación individual siempre y en todo momento, sin que exista vínculo alguno que lo impida? En definitiva, los vínculos sociales y familiares, ¿sostienen la libertad o la encadenan? La Revolución nunca dudó de la respuesta. De acuerdo con Jacques Ellul, la Revolución francesa fue «una lucha sistemática contra todos los grupos naturales, con el pretexto de defender al individuo; lucha contra todas las corporaciones, contra las comunas, lucha contra las órdenes religiosas, lucha contra las libertades parlamentarias, universitarias, hospitalarias: no hay libertad de los grupos, sino solamente del individuo aislado». Lógicamente, en esta lucha por la «liberación» del individuo, el último núcleo de resistencia que debía ser asaltado y abatido era la familia, la comunidad vinculadora por excelencia. Y, según Ellul, esta es la razón por la que «la legislación re-

volucionaria originó la destrucción de la familia, ya sensiblemente quebrantada por la filosofía y las soflamas del siglo XVIII. Las leyes del divorcio, sobre las sucesiones, sobre la autoridad paterna, arruinaron al grupo en beneficio del individuo». Pero con esto hemos llegado a la gran disyuntiva de nuestro tiempo: o bien el principio fundante de una organización social y política es el individuo, o bien es la familia. O uno u otro. *Tertium non datur*».

La Eucaristía, remedio a la acedia moderna

Escribe el padre Joel Guibert en su libro sobre la eucaristía una reflexión de enorme actualidad:

«Las sociedades modernas parecen sufrir una forma de depresión generalizada. Digan lo que digan, la causa profunda de esta acedia no se encuentra en el poder adquisitivo ni en la desigualdad, sino que es esencial y profundamente mística. Al rechazar a Dios, el hombre moderno se vuelve indescifrable a sus propios ojos, el sentido profundo de su existencia se le escapa cada vez más. [...] La Eucaristía es el antídoto más eficaz contra esta inquietante depresión social. En efecto, la hostia consagrada contiene nuestro origen y nuestro fin, nuestro amor, nuestro Todo, un Dios que nunca nos abandonará. Así pues, no estamos acorralados por un destino ciego, que somos amados en un plan de amor. Como dijo el santo Cura de Ars: “He tenido una idea rara durante la Santa Misa de esta mañana, le he dicho a Nuestro Señor: «Si, más tarde, no estuviera contigo, ahora que te tengo, no te dejaría jamás»”. No dejemos de abrazar a quien nos abraza y quedaremos preservados de los males de la acedia moderna».



Pequeñas lecciones de historia

San Francisco de Sales (y 6): el Concilio de Trento y san Carlos Borromeo

Gerardo Manresa



DESDE el momento de su consagración, un pensamiento le domina: ser el obispo que la Iglesia desea y necesita. Ello le orienta a emprender en su **diócesis de Ginebra la reforma eclesial promovida por el Concilio de Trento**, que había finalizado unos años antes, en 1563. Sintió una devoción especial por san Carlos Borromeo, precisamente porque admiraba su celo por la reforma católica promovida en la diócesis de Milán. Lo tuvo como modelo y se esforzó siempre por realizar en la diócesis de Ginebra lo que él había realizado en Mi-

lán, es decir, la reforma planteada por el Concilio.

A este fin tienden los sínodos diocesanos que celebra cada año en Annecy. Significan un momento eclesial muy importante, que Francisco de Sales prepara y cuida, pues su diócesis estaba dividida en tres países, el cantón de Ginebra, que formaba parte de la Confederación Helvética, Francia y Saboya, cosa complicada en un tiempo en que las malas relaciones reinaban entre ellos. Pero en su diócesis formó una asamblea deliberante del clero diocesano, en un momento de for-

mación de los sacerdotes, con el estudio de los problemas pastorales y sus deliberaciones. Cada año se promulgaban las constituciones sinodales para impulsar la doctrina cristiana y las buenas costumbres; su observancia comprometía a todos los asistentes.

También la **renovación y la reforma del clero** es para el obispo de Ginebra, una de sus vivas preocupaciones. Está convencido de que los obispos trabajan en vano si no se cuidan de proveer a sus parroquias de sacerdotes de vida ejemplar y de suficiente doctrina. En este sentido, hay que reseñar la importancia que concedía a la digna preparación para la ordenación sacerdotal y a la selección de los candidatos.

La reforma conciliar llega también a la **catequesis**. El obispo de Ginebra da mucha importancia a la formación religiosa de niños y adolescentes. Renueva la obligatoriedad de la enseñanza del catecismo en las parroquias y pone los medios para que se cumpla. Establece un reglamento para favorecer el impulso catequístico. Él mismo dio ejemplo, realizando durante varios años, la tarea de catequista. Y, del mismo modo, su impulso renovador se manifiesta en la liturgia, buscando la dignidad y la belleza del culto: da nuevo esplendor al oficio del Cabilido, a las ceremonias de la catedral, a la restauración de las iglesias.

Siguiendo también las recomendaciones pastorales de Trento, emprende la ardua tarea de **visitar todas las parroquias de la diócesis**. Ginebra era una de las diócesis más extensas. Fue tarea difícil y fatigo-

sa, especialmente por la situación geográfica en que se encontraban muchas de ellas: aldeas y caseríos situados en las cumbres de las montañas, entre nieves y glaciares; pero también por su abandono cultural y religioso. No dejó de visitar ninguna. En todas, predicaba, daba catecismo, administraba el sacramento de la confirmación, confesaba, llevaba la comunión a las casas. Conversaba con la gente sencilla y escuchaba sus

San Francisco de Asís tuvo como modelo a san Carlos Borromeo y se esforzó siempre por realizar en la diócesis de Ginebra lo que él había realizado en Milán

problemas. A estas gentes se entregó de manera infatigable, subiendo las escarpadas montañas o los caminos de hielo y nieve, compartiendo su pobreza, durmiendo en el duro suelo o sobre un jergón de paja. Él les llevaba el Evangelio; y de ellos aprendió esa sabiduría práctica de la gente sencilla del campo y de la montaña, con un saber y una prudencia forjada en el crisol de la experiencia y del amor.

Otra de sus tareas importantes fue **la reforma de las órdenes religiosas**, pues, especialmente en Francia, el galicanismo de los reyes Borbones y la influencia hugonote, aún no habían permitido que se aplicaran las reformas propuestas por el Concilio. No fue fácil esta reforma pues no todos los monasterios la aceptaron con

facilidad. La abadía de Notre Dame de l'Abondance, monasterio agustino del siglo XII, no aceptó la reforma de ninguna manera y fue clausurado debiendo ser acogidos los monjes que lo aceptaron en otros monasterios de la Orden. En Talloires, de la Orden de Cluny, el prior, dom De Quoex, aceptó la reforma, con ayuda del obispo de Ginebra, pero un grupo inconformista de la comunidad se opuso al prior que debió huir para escapar con vida del grupo de monjes rebeldes que empuñaban armas de fuego. La intervención del obispo evitó que los monjes cayeran en manos de los alguaciles enviados por el Parlamento de Chambery, y el prior supo, después de calmar a los rebeldes, otorgar el perdón a sus hermanos.

El monasterio de Six se oponía a la reforma por un problema de los bienes eclesiásticos y su abad Jacques de Mouxy era decididamente partidario de la autonomía monacal y pleiteó con monseñor De Sales, acusándole de abuso de poder ante el obispo de Vienne. Ello se resolvió por la dulzura salesiana y tanto el abad como los monjes aceptaron la solución propuesta por el obispo de Ginebra.

Las monjas mayores de santa Catalina también se opusieron a la reforma impulsada por Paulo V, pero la tenacidad del santo hizo que a través de una amiga de la abadesa se lograra dicha reforma y se lograra la paz en el monasterio.

No cejó el santo en lograr la reforma de los monasterios, para que la línea del Concilio de Trento fuera aceptada en toda su diócesis.



Hace 75 años A vueltas con la masonería

Ibón Elósegui

El 13 de noviembre de 2023, a petición de Mons. Julito Cortés, obispo de Dumaguete (Filipinas), sobre la postura que debían tomar ante «el continuo aumento del número de fieles matriculados en la Masonería», el Dicasterio para la Doctrina de la Fe recordó lo que ya había dicho en 1983 en el documento titulado Declaración sobre las asociaciones masónicas: «En el nivel doctrinal, conviene recordar que la pertenencia activa a la masonería por parte de un miembro de los fieles está prohibida debido a la irreconciliabilidad entre la doctrina católica y la masonería».

La prohibición para los católicos de pertenecer a la masonería se remonta a 1738, año en el que el papa Clemente XII, mediante la bula In eminenti se pronunciaba de esta manera: «hemos concluido y decretado condenar y prohibir estas sociedades, asambleas, reuniones o conventículos llamados de francmasones, o conocidos bajo cualquier otra denominación... Por eso prohibimos seriamente, y en virtud de la santa obediencia, a todos y cada uno de los fieles de Jesucristo de cualquier estado... laicos o clérigos... entrar en dichas sociedades de francmasones». Entre ambos documentos, con casi 300 años de separación, son numerosas las ocasiones en las que la Santa Sede ha condenado la pertenencia a las Logias masónicas (Pío VII, Ecclesiam a Jesu, 1821; Pío VIII, Traditi Humilitati nostrae, 1829; beato Pío IX, Qui pluribus, 1846; León XIII, Humanum Genus, 1884; San Pío X, Vehementer Nos, 1907...).

¿A qué se debe esta insistencia de condenar a una sociedad que se define a sí misma de la siguiente manera?: «La Masonería es una sociedad civil, dedicada al perfeccionamiento moral e intelectual de las personas. Nuestra institución se apoya en los principios de libertad, igualdad y fraternidad, y nuestro lema es Ciencia, Justicia, Trabajo» (<https://www.masoneria-argentina.org.ar/>)

La razón estriba en los principios que la animan ya que detrás de esta «máscara», según el término por León XIII, lo que busca no es sino «el destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo» (Humanum genus) . Y para ello, sigue enseñando el mismo Papa, su táctica es la siguiente:

«Al insinuarse con los príncipes, fingiendo amistad, pusieron la mira los masones en lograr en ellos socios y auxiliares poderosos para oprimir a la religión católica, y, para estimularlos más, acusaron a la Iglesia con porfiadísima calumnia de contender

envidiosa con los príncipes sobre la potestad y reales prerrogativas. Afianzados ya y envalentonados con estas artes, comenzaron a influir sobremanera en los gobiernos, prontos, por supuesto, a sacudir los fundamentos de los imperios y a perseguir, calumniar y destronar a los príncipes, cuando ellos no se mostrasen inclinados a gobernar a gusto de la secta. No de otro modo engañaron, adulándolos, a los pueblos. Voceando libertad y prosperidad pública, haciendo ver que por culpa de la Iglesia y de los monarcas no había salido ya la multitud de su inicua servidumbre y de su miseria, engañaron al pueblo, y, despertada en él la sed de novedades, le incitaron a combatir ambas potestades».

En el artículo que recogemos de la revista Cristiandad de febrero de 1949 presentamos un extracto de las Obras completas del obispo de Vich, Dr. Torras y Bages, en el que sintetiza los principios y fines de la masonería, así como el antídoto contra ella: «cuando se proclamen los derechos de Dios». Mientras no se «vean» con claridad los principios que animan a la masonería, y de qué manera tan insistente lo ha repetido el Magisterio de la Iglesia, seguiremos «a vueltas con la masonería».

Los derechos del hombre (por el dr. Torras y Bages). Extracto de las Obras completas, vol. XIV, ¿Qué es la masonería?

EL fruto natural, el resultado inmediato, la aplicación práctica del espíritu masónico, la realización en el orden político del gran secreto de la masonería, el naturalismo, se hizo con la Revolución francesa. Entonces el espíritu masónico quedó triunfante, sin restricciones, por algún tiempo, y si después se ha visto más o menos restringido no ha perdido el tiempo ni ha trabajado sin provecho; poco a poco su influjo maléfico ha penetrado en la sociedad, la secta ha extendido sus ramas por todo el mundo llegando a dominar los tronos más poderosos. No es posible ya dudar de que aquella revolución fue obra de la masonería, después de las afirmaciones de Luis Blanc¹ y del conde de Hanguitz; mas no lo fue sólo en el orden

de los hechos, sino, además, en el de las ideas. La secta engendró en su cuerpo libidinoso el naturalismo. Al salir el monstruo a la luz del día le pusieron un nombre de apariencia inocente para ocultar la malicia de lo que significaba. La declaración de los derechos del hombre: he aquí al naturalismo introducido en el orden político, pero de manera disimulada; porque, como dice monseñor De Ségur², varios de aquellos principios de 1789 son verdades muy antiguas del derecho francés o del derecho político cristiano que los abusos del cesarismo galicano habían hecho olvidar y que la pueril ignorancia de los constituyentes tomó por admirable descubrimiento; otras son verdades de sentido común que parece imposible que ni siquiera se proclamasen en serio; pero el mal radica en el perverso principio que anima toda la

1 «La Révolution», Monseñor De Segur (1820-1881), prelado y escritor francés, conocido por sus numerosas obras religiosas y apologéticas en defensa del catolicismo.

declaración, lo que verdaderamente la constituyó en novedad del orden político y del derecho público; es decir, la independencia absoluta de la sociedad. Y ¿no es esto el principio masónico, el dogma secreto de la secta, el panteísmo humano, aquel *Dio è il popolo*, de Mazzini? ¿No fue aquello una verdadera deificación de la sociedad emancipada de la potestad de Jesucristo.

La declaración de los derechos del hombre puede decirse que es hoy día ley fundamental de los pueblos; el magisterio de la Iglesia católica es sólo reconocido por los particulares, mas no por los gobiernos; el liberalismo, más o menos triunfante en todas las naciones del mundo, ha constituido el Estado moderno que se basta a sí mismo, que si en sus constituciones reconoce a Dios es para ponerlo bajo su potestad y darle leyes; para él no es Jesucristo el soberano maestro de los pueblos a quien la voz del Padre Eterno dijo en el Jordán y en el Tabor: *Ipsium auctore*; la autoridad divina ha quedado

1 Luis Blanc (1811-1882), político e historiador socialista francés y masón.



postergada y Dios ha dejado de ser el principio y el fin de las leyes humanas. Quitar a Dios de todas partes, tal es el fin de la secta; y muchos liberales alborotados, no sectarios, con-

tribuyen a tan nefasta labor; otros la aceptan sin gran dificultad creyendo que así el mundo puede ir viviendo, haciendo cada cual su antojo y quedando la sociedad tranquila, olvidando la máxima de aquel antiguo filósofo: ciudades puede haber sin murallas, sin plazas o sin teatros, mas no sin Dios.

A los hombres de valer no se les cura con la inacción; más aún el médico verdadero y experimentado no pierde el tiempo atacando solamente síntomas externos: busca la causa del mal, estudia el principio corruptor y allí aplica el remedio oportuno. La locura liberal por los derechos del hombre ha de ser contrarrestada por la nobilísima y firme aspiración del católico para

restablecer los derechos de Dios en la sociedad. **El día en que los hombres dejen de considerarse soberanos; cuando crean y confiesen que no hay otro Maestro que Jesucristo, como nos dice el Evangelio; cuando se reconozcan súbditos de la ley divina y proclamen al Redentor de los hombres Rey de los siglos inmortal e invisible, entonces la masonería estará perdida.** Cuando, en vez de sentirse cada hombre rey en su interior, sienta cada ciudadano al verdadero Dios en su conciencia, la sociedad quedará tranquila. En una palabra, como dijo mejor que nadie el conde De Maistre, «la Revolución que comenzó proclamando los derechos del hombre terminará cuando se proclamen los derechos de Dios».

El hombre no puede vivir separado de Dios y las sociedades tampoco

Mas si el hombre tiene un fatal e inmenso poder para desprenderse de Dios, no lo tiene para buscarlo, por lo cual todo remedio ha de ser divino. Dios, sólo Él puede curar a las sociedades, ostentando en estas maravillosas curaciones los mismos sublimes atributos que manifestó en su constitución; Él tan sólo conoce y domina su naturaleza, y por lo tanto, a Él está reservada la curación. (...) El mal de la sociedad no es otro que haberse separado de Dios, y tal ha sido siempre el mal del hombre que pugna por separarse de Aquél sin cuya unión no se puede vivir; por lo cual el único remedio es la infusión de Dios en esta misma sociedad, la mezcla del elemento divino con todo el conjunto de elementos que la componen, y de los cuales ha de ser la base, el nexos que entre sí los ligue. A Dios no puede ponérsele cortapisas ni limitaciones, por lo cual quiere penetrar con su influencia hasta las entrañas y los más recónditos átomos de la sociedad.

Por no haber sido así, porque los hombres y las sociedades en vez de admitir ser legislados por Dios, quisieron legislarle a Él, por haber querido sacudir el yugo divino han quedado yertas y frías, la caridad que les animaba se ha desvanecido, y ha resucitado aquel antiguo y egoísta monstruo del Estado que no piensa ni obra más que para sí mismo.

J. Torras i Bages, «Influencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en los tiempos modernos», *Estudios apologeticos y sociales*, (Barcelona 1914)



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

«Vayan e inviten a todos al banquete»

EL próximo 20 de octubre se celebrará la 98ª Jornada Mundial de las Misiones. Para preparar dicha Jornada el papa Francisco ha elegido el tema de la parábola evangélica del banquete nupcial (cf. Mt 22,1-14), con la que ha querido destacar algunos aspectos importantes de la evangelización.

En primer lugar, la misión como un incansable ir e invitar a la fiesta del Señor. «La misión es un incansable ir hacia toda la humanidad para invitarla al encuentro y a la comunión con Dios. ¡Incansable! Dios, grande en el amor y rico en misericordia, está siempre en salida al encuentro de todo hombre para llamarlo a la felicidad de su Reino, a pesar de la indiferencia o el rechazo. (...) Por esto, la Iglesia seguirá yendo más allá de toda frontera, seguirá saliendo una y otra vez sin cansarse o desanimarse ante las dificultades y los obstáculos, para cumplir fielmente la misión recibida del Señor».

El Papa, en su mensaje, ha aprovechado para agradecer la entrega de tantos misioneros que, respondiendo a la llamada de Cristo, han dejado todo para ir lejos de su patria y llevar la Buena Noticia. **Y ha recordado que todo cristiano está llamado a participar en esta misión universal con su propio testimonio evangélico en todos los ambientes, de modo que toda**

la Iglesia salga continuamente con su Señor y Maestro a los «cruces de los caminos» del mundo de hoy.

Retomando la parábola y precisando que la llamada es más bien una invitación, el Papa llamó la atención sobre **el modo de esta misión de llevar el Evangelio a toda criatura, que debe tener necesariamente el mismo estilo de Aquel a quien se anuncia.** Al proclamar al mundo «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» los discípulos-misioneros lo realizan con gozo, magnanimidad y benevolencia, fruto del Espíritu Santo en ellos; sin forzamiento, coacción o proselitismo; siempre con cercanía, compasión y ternura, aspectos que reflejan el modo de ser y de actuar de Dios.

En segundo lugar, el papa Francisco ha querido resaltar **la perspectiva escatológica y eucarística de la misión de Cristo y de la Iglesia.** El banquete de la parábola es reflejo del banquete escatológico, imagen de la salvación final en el Reino de Dios realizada desde ahora con la venida de Jesús, el Mesías e Hijo de Dios. La misión de Cristo es la de la plenitud de los tiempos y los discípulos de Cristo están llamados a continuar esta misma misión de su Maestro y Señor, que discurre entre la primera y la segunda venida del Señor. Es, pues, necesario –recuerda el Santo Padre– predicar el Evangelio a todas las gentes antes que venga el Señor.

Esta dimensión escatológica, muy presente en el celo misionero de los primeros cristianos, es importante tenerla presente también hoy en día porque nos ayuda a evangelizar con la alegría de quien sabe que «el Señor está cerca» y con la esperanza de quien está orientado a la meta, cuando todos estaremos con Cristo en su banquete nupcial en el Reino de Dios. En este sentido, el Papa remarca que, mientras el mundo propone los distintos «banquetes» del consumismo, del bienestar egoísta, de la acumulación, del individualismo; el Evangelio, en cambio, llama a todos al banquete divino donde, en la comunión con Dios y con los demás, reinan el gozo, el compartir, la justicia y la fraternidad. Y esta plenitud de vida, don de Cristo, se anticipa ya desde ahora en el banquete de la Eucaristía. La renovación eucarística que muchas Iglesias locales han estado promoviendo encomiablemente en el período post-Covid, afirma el Santo Padre, será también fundamental para des-

pertar el espíritu misionero en cada fiel. ¡Con cuánta más fe e impulso del corazón, en cada Misa, deberíamos pronunciar la aclamación: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!» Y en esta perspectiva, en el año dedicado a la oración en preparación al Jubileo de 2025 el Papa nos invita a todos a intensificar ante todo la participación en la misa y la oración por la misión evangelizadora de la Iglesia.

La tercera y última reflexión del Papa se refiere a los destinatarios de la invitación del rey: «todos», sin excluir a nadie, ya que la misión brota del Corazón de Cristo, que quiere atraer hacia sí a todas las gentes. Los discípulos-misioneros de Cristo, afirma el Santo Padre, llevan siempre en su corazón la preocupación por todas las personas de cualquier condición social o incluso moral. «La parábola del banquete –continúa al Papa– nos dice que, siguiendo la recomendación del rey, los siervos reunieron “a todos los que encontraron, malos y

buenos”. (...) Quienquiera, todo hombre y toda mujer es destinatario de la invitación de Dios a participar de su gracia que transforma y salva. Sólo hace falta decir “sí” a este don divino y gratuito, revistiéndonos de él como con un “traje de fiesta”, acogiéndolo y permitiéndole que nos transforme».

El mensaje del Papa finaliza invitándonos a dirigir nuestra mirada a María, que obtuvo de Jesús el primer milagro, precisamente en una fiesta de bodas. «El Señor ofreció a los esposos y a todos los invitados la abundancia del vino nuevo, signo anticipado del banquete nupcial que Dios prepara para todos, al final de los tiempos. Supliquemos también hoy su materna intercesión por la misión evangelizadora de los discípulos de Cristo. Con la alegría y la solicitud de nuestra Madre, con la fuerza de la ternura y del afecto, vayamos y llevemos a todos la invitación del Rey Salvador. ¡Santa María, Estrella de la evangelización, ruega por nosotros!».





Actualidad política

Jorge Soley Climent

Polonia: el nuevo gobierno de Tusk desata las purgas con el aval de Bruselas

NO ha esperado mucho: tras menos de dos meses de su constitución, el nuevo gobierno polaco de Donald Tusk ha provocado la crisis constitucional más grave de la historia de la Tercera República polaca. Con la excusa del «restablecimiento del Estado de Derecho», los liberales polacos han lanzado una campaña de control de las instituciones pero, en esta ocasión, con la complicidad de la Unión Europea y las organizaciones internacionales que tanto atacaron las supuestas violaciones de la legalidad por parte del anterior gobierno derechista.

En realidad, Tusk ya lo había advertido para los observadores atentos cuando, poco después de ser elegido primer ministro, declaró que el nuevo gobierno de coalición cumpliría la ley, «tal y como nosotros la entendemos», un aviso de lo que es hoy una realidad: lo que es o no legal ya no depende de ningún criterio más allá de la mayoría parlamentaria. También acuñó el concepto de «periodo transitorio», durante el cual se pueden violar las leyes vigentes a la espera de que se introduzcan «soluciones legislati-

vas adecuadas». Un ejemplo fue el despido ilegal de los responsables de los medios de comunicación públicos por parte del ministro de Cultura, en lo que ha supuesto la ocupación ilegal de los medios públicos por parte del gobierno. De

La Unión Europea parece haber cambiado de criterio, quizás haya tenido algo que ver el hecho de que el gobierno de Tusk haya presentado una ley para permitir el aborto hasta la semana 12 de gestación y la venta de la píldora del día después sin receta a partir de los 15 años.

este modo, se despliega con poco disimulo (más allá de unas pobres explicaciones de dudoso valor) lo que bien puede calificarse de despotismo liberal.

Otra de las figuras clave en este proceso es el nuevo ministro de Justicia, Adam Bodnar, encargado de las purgas en la Fiscalía Nacional, que ha llegado incluso a irrumpir en las oficinas del fiscal nacional con la ayuda de la policía penitenciaria, que depende del Ministerio de Justicia, para intentar hacerse con docu-



El primer ministro polaco, Donald Tusk, saluda a la presidenta de la Comisión, Ursula von der Leyen.

mentación relativa a procedimientos judiciales en los que se encuentran implicados miembros del nuevo gobierno. Hechos que el año pasado hubieran provocado las críticas de la Unión Europea y sanciones a Polonia cuando la derecha estaba en el poder y legislaban, entre otras cosas, para defender la vida desde su concepción. Ahora todo ha cambiado y la Unión Europea parece haber cambiado de criterio, quizás haya tenido algo que ver el hecho de que el gobierno de Tusk haya presentado una ley para permitir el aborto hasta la semana 12 de gestación y la venta de la píldora del día después sin receta a partir de los 15 años.

Primarias en Estados Unidos: Trump será el candidato republicano

El próximo mes de noviembre tendrán lugar las elecciones presidenciales en Estados Unidos y estamos en pleno periodo de primarias para elegir qué candidatos se en-

frentarán. Si en el bando demócrata el actual presidente Biden parece no tener rival, en el republicano el gran favorito es el ex presidente Donald Trump. Sus victorias por amplio margen en los dos primeros estados en los que se han celebrado primarias, Iowa y New Hampshire, indican que avanza imparable hacia la nominación por el Partido Republicano. Si existía alguna duda de que la mayoría de los republicanos consideraban a Trump como una especie de presidente que se presenta a la reelección (y que por ello no tiene rival en las primarias) o de que los procesos judiciales abiertos, lejos de debilitarle galvanizan su base electoral, a estas alturas ha quedado despejada. Trump será el candidato que se enfrente de nuevo a Biden si ninguno de los dos fallece de aquí a noviembre y si los tribunales no se lo impiden a Trump.

Si algo ha quedado también claro es la solidez de la base que apoya a Trump, lo que algunos llaman la

“MAGA Crowd” (la muchedumbre MAGA, por el eslogan *Make America Great Again*), cuyo retrato robot es el de un estadounidense que no vive en una gran ciudad ni tiene estudios universitarios, que ha quedado al margen de las transformaciones económicas ocurridas en las últimas décadas y que vive bajo la espada de Damocles de diversas amenazas. Aquellos «deplorables» de los que hablaba Hillary Clinton lo tienen claro: siguen siendo fieles a Trump y se movilizan como nadie. **Ron DeSantis** se presentaba como el «Trump aseado y eficaz», la figura que podía dar paso a un trumpismo sin Trump... pero no ha podido superar el problema de que Trump aún no se ha retirado. **Nikki Haley**, por su parte, con su propuesta de política exterior agresiva y defensa del libre mercado, llega con más de un cuarto de siglo de retraso: la mayoría de votantes del Partido Republicano de hoy es proteccionista y poco partidaria de involucrarse en conflictos lejanos.



El analista Nate Cohn señalaba en el *New York Times* un dato importante relativo a los resultados de Iowa: Nikki Haley se impuso a Trump «en los distritos donde la mayoría de la población tiene un título universitario». Por el contrario, apenas logró «un 10% en las zonas con menos educación». Trump ha convertido el Partido Republicano en un partido populista con una amplia base de nivel socioeconómico medio-bajo y bajo.

Pero claro, ser nominado candidato es sólo el primer paso; de lo que se trata es de ser elegido presidente. Algunos datos de las primarias de New Hampshire pueden ayudarnos a comprender la situación a la que se enfrentará el candidato Trump. A diferencia de la mayoría de los estados, New Hampshire permite que los votantes independientes, sin afiliación a ningún partido, voten en las primarias. Y si Trump consiguió

el 70% del voto de los republicanos, Haley obtuvo el 67% de los independientes, lo que nos recuerda que es difícil ganar las presidenciales apelando sólo al voto de tu base.

El último libro de Patrick J. Deneen, *Cambio de régimen*, analiza precisamente esta situación. Deneen parte de lo que ido exponiendo desde hace años: el agotamiento del régimen estadounidense y la emergencia de nuevas líneas de fractura políticas que ya no encajan en el esquema de lo que era la derecha y la izquierda en los Estados Unidos de la Guerra Fría. El autor aboga, en lo que es el núcleo de su propuesta, por un cambio de régimen, que lejos de una revolución violenta, consistiría en «el derrocamiento pacífico, pero enérgico de la clase dirigente liberal, corrupta y corruptora y la creación de un orden postliberal en el que las formas políticas existentes puedan seguir existiendo, siempre que un

ethos fundamentalmente diferente informe las instituciones y el personal que ocupan los cargos y puestos clave. Aunque superficialmente se trata del mismo orden político, la sustitución del gobierno de una élite progresista por un régimen ordenado al bien común mediante una constitución mixta constituirá un auténtico cambio de régimen».

Si traducimos esto a la realidad de 2024, el plan de Deneen pasaría por una victoria de Trump que abriera las puertas a una nueva clase dirigente, comprometida con el bien común. Pero el mismo Deneen reconoce que, para que esto se haga realidad, es necesario «que un cierto número de traidores de clase actúen en nombre de la amplia clase trabajadora». ¿Será así? ¿Habrán suficientes estadounidenses acomodados que apostarán por Trump como la vía para dar paso a ese nuevo régimen que podría superar la profunda división que Deneen califica como «guerra civil fría»? Es aún pronto para saberlo, pero Trump tendrá que hacer un gran esfuerzo para seducir a ese electorado si no quiere quedarse, de nuevo, a las puertas de la victoria.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Febrero. Por los enfermos terminales

Oremos para que los enfermos terminales y sus familias reciban siempre los cuidados y el acompañamiento necesarios, tanto desde el punto de vista médico como humano.

Marzo. Por los nuevos mártires

Oremos para que quienes en diversas partes del mundo arriesgan su vida por el Evangelio contagien a la Iglesia su valentía y su impulso misionero.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

📍 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



100 años de cultura católica



La conservación del universo según santo Tomás de Aquino

Prieto, Lucas Pablo

Ediciones Cor Iesu

366 páginas

Precio: 24,95€

El tema de la creación ha ocupado, en los últimos decenios, un lugar destacado dentro de la sistematización del pensamiento tomista; la conservación del universo, sin embargo, no ha gozado de la misma atención.

En este trabajo Lucas Prieto precisa la noción de conservación señalando su distinción con la creación (sobre todo mostrando su vinculación con la teoría del gobierno y su dimensión escatológica) y compara el pensamiento tomiano con algunos problemas filosóficos y teológicos de la modernidad.



El fin de la inocencia

Koch, Stephen

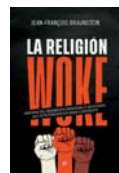
Editorial: Galaxia Gutenberg

472 páginas

Precio: 27,00€

El estalinismo, en su momento de máximo apogeo, sabía que, para completar su dominio mundial, debía reclutar un ejército clandestino, capaz de librar con éxito el combate en el frente de la propaganda. Para ello, desde principios de los años treinta, los dirigentes soviéticos confiaron a un hombre en la sombra, Willi Münzenberg, la tarea de orquestrar –de Londres a París, de Hollywood a Berlín– una campaña de manipulación sin precedentes a favor de la Unión Soviética y el sueño comunista.

Es precisamente este capítulo oscuro de la historia del siglo xx el que Stephen Koch explora en este libro magistral en el que los intelectuales se convierten en espías y los espías en agitadores de ideas.



La religión Woke

Braunstein, Jean-François

Editorial: La Esfera de los Libros

248 páginas

Precio: 21,90€

Tras el «gran despertar» woke se esconde una ola de locura que ahoga el mundo occidental.

El objetivo de los woke es «deconstruir» toda herencia cultural y científica de un Occidente que acusan de sexista, racista y colonialista. Incluso los académicos parecen haber sido seducidos por la absurdidad de estas creencias, y rechazan la razón y la tolerancia que hasta ahora habían sido el núcleo de su profesión. Todos los caminos parecen llevar a una dictadura en nombre del «bien» y de la «justicia social». Se necesitará coraje para decir no a este mundo orwelliano que se nos promete.



SAN JOSÉ, LA PRIMACÍA DE LA VIDA INTERIOR

Pone todo su empeño en servir a los designios de Dios y lo hace sin agitación, sin ruido, en un silencio tal que el Evangelio no nos trasmite una sola palabra suya. En todas las situaciones singulares en que Dios le pone, permanece silencioso y tranquilo. Sabe que la tarea de un servidor no consiste en hablar, sino en escuchar la voz de quien le manda, y que el silencio es el ambiente propio de una vida que busca estar unida a Dios, conservar el contacto con El.

No tenemos por qué lamentar no conocer ninguna palabra de José, pues su lección y su mensaje son precisamente su silencio. Se sabe depositario del secreto del Padre Eterno y, para mejor guardarlo sin que nada se transparente, se envuelve él mismo en el secreto; no quiere que se vea en él más que un obrero que trabaja duro para ganarse el pan, temiendo que sus palabras obstaculicen la manifestación del Verbo.

Su desaparecer silencioso no expresa sólo su aceptación de los designios divinos; es también un rendido homenaje a las magnificencias de Dios, la expresión de asombro frente a los que ha querido hacer de Él, un pobre hombre que nada merece.

M. Gasnier, *Los silencios de san José*